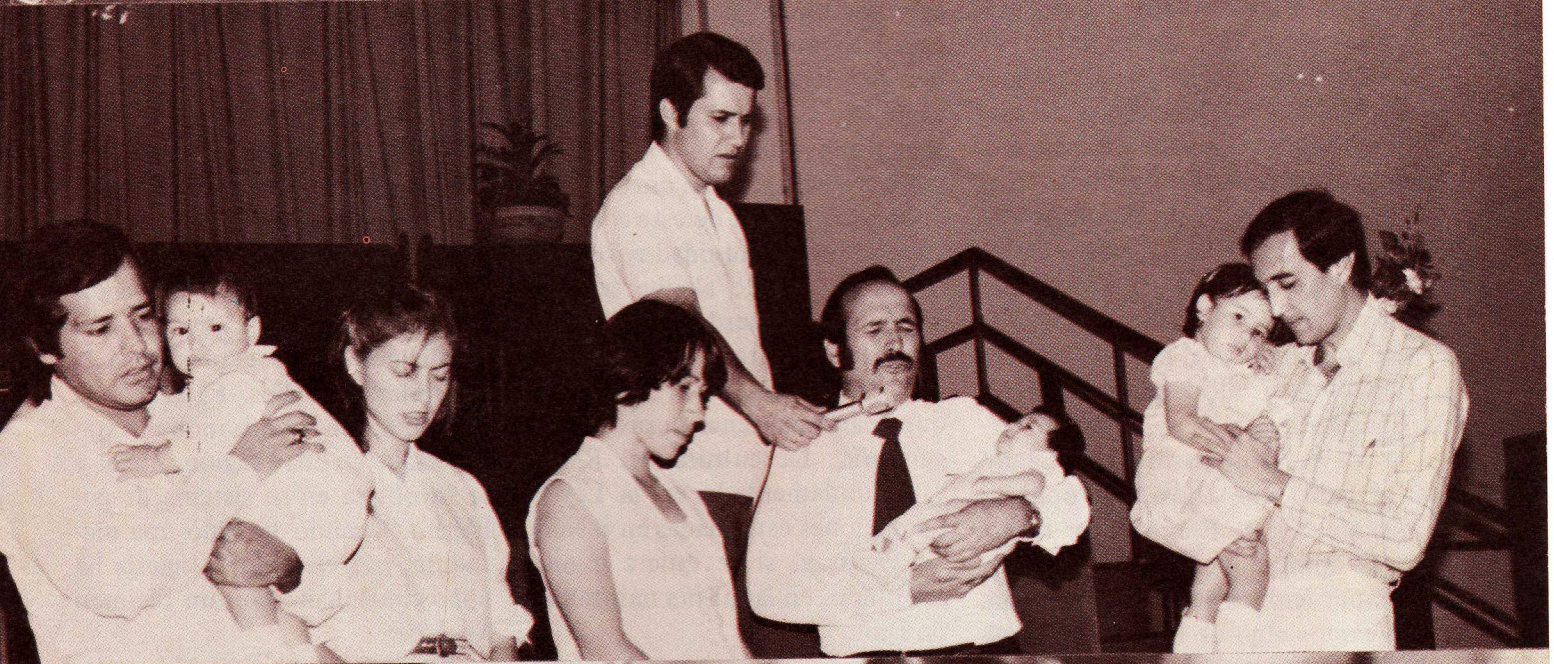


SEPTIEMBRE/OCTUBRE 1983

Vino Nuevo



La cultura del reino

Director:
Hugo M. Zelaya

editorial

La *cultura*, en su significado más amplio, incluye todos los aspectos materiales y espirituales que distinguen a un pueblo de los demás. Lo interesante de una cultura es que toda la diversidad de elementos que la constituyen se ordenan y se relacionan de una manera interdependiente y forman una estructura peculiar a ese orden. La cultura es la que moldea al individuo con sus rasgos característicos y particulares. Las culturas cambian cuando el proceso se invierte y es el individuo quien ejerce su influencia sobre la sociedad.

A veces me parece que cuando se habla que Dios ha propuesto establecer su Reino en la tierra, que comprendemos muy poco las implicaciones de esta declaración. Veamos algo de lo que eso significa, además de lo que se dirá en los artículos de este número.

Una comunidad comprometida dentro del Reino de Dios está formada por el cuerpo de personas que han sido redimidas de su propia cultura para tener comunión con Dios a través de las provisiones hechas en el Nuevo Pacto y para formar una contracultura que se distinga de todas las demás. Más que "aceptar a Cristo," el individuo redimido acepta las condiciones del Pacto y se compromete a cumplir con sus

requisitos que incluyen la extensión de esta cultura en toda la tierra.

Las condiciones del Pacto no sólo establecen la relación de la persona con Dios, también definen su relación con la comunidad redimida y dan lugar a un orden social que refleja la sabiduría y la justicia divinas. Debe quedar bien claro, que la base de este compromiso con la comunidad redimida, no es un arreglo al que se llega por común acuerdo entre individuos o mediante el desarrollo de reglas convenidas por una jerarquía para mantener su propia hegemonía. La cultura del Reino está fundamentada en la Ley o condiciones estipuladas en el Nuevo Pacto y, si se quiere ir más profundo, en la misma naturaleza de Dios.

Dios revela su naturaleza por medio de su creación, de su Palabra, de su Hijo Jesucristo y de su Espíritu Santo impartido en las vidas de las personas que componen la comunidad redimida.

La justicia y el orden social están en el corazón de la cultura del Reino. Jesús sentó las prioridades del individuo con respecto al manejo de la vida cuando dijo: "Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia . . ."

La justicia no se puede entender sin el reconocimiento de los

elementos que integran esta cultura: comunidad, sociedad, culto, gobierno, nación y otros. La justicia está siempre en relación directa con el resto de la comunidad; su consideración es la otra persona. Buscar el Reino de Dios y su justicia es cuidar de los pobres, los huérfanos, las viudas y llevarse bien con los otros en la sociedad. Cuando la comunidad redimida se olvida de esto, termina apartándose de Dios.

La justicia y el orden social no pertenecen al revolucionario. Son parte de nuestra cultura cristiana que hemos aceptado juntamente con nuestra redención. La tarea de la Iglesia no es la de quitar y poner a gobiernos. Esa prerrogativa le pertenece a Dios. Como creador de toda vida y materia, él mantiene sus derechos absolutos. La Iglesia tampoco debe hacer alianzas con otros gobiernos o culturas, porque eso compromete y desvía las lealtades y los recursos de sus miembros que han sido destinados a dar expresión a la naturaleza de Dios. El asunto se complica aún más cuando el Estado establece una religión oficial y la involucra en su sistema de gobierno. Cuando ha sido una dictadura, por ejemplo, la iglesia ha aparecido aliada con un régimen opresivo.

La comunidad redimida no debe dejarse influenciar por otras culturas por más bondadosas que aparenten ser. Si no se originan en Dios, no tienen nada que puedan contribuir. Dios no tiene dos, tres o más culturas; sólo hay una, la cultura del Reino: hombres nuevos en un orden nuevo.

Pongamos las cosas en su lugar. La historia, la tierra y la creación entera son los que esperan la manifestación de los hijos de Dios con la ley y la justicia escritas en sus corazones.

Director:

Hugo M. Zelaya

Editor:

Noé Martínez Quesada

Administrador:

Guyon H. Massey

Suscripciones:

Andrés Villavicencio Matus

Circulación:

Emilio García Sarmiento

VINO NUEVO es publicada bimestralmente por el Centro Para Desarrollo Cristiano, Apartado 5551, San José, Costa Rica

© Copyright 1983
Derechos Reservados
Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en VINO NUEVO representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores. El material que se envía para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja. Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas del Nuevo Testamento son de la versión "La Biblia de las Américas", The Lockman Foundation 1963, 1972, 1973, Editorial Moody. De igual manera las citas del Antiguo Testamento corresponden a la revisión de 1960 de la Versión Reina Valera.

Impreso en Costa Rica.

CONTENIDO

68

La cultura del reino
Ern Baxter



74

La Iglesia y la sociedad
Mario Fumero

78

La necesidad de liderazgo
Charles Simpson

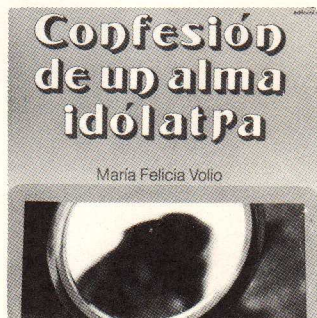


85

Diseñados para alabanza de su gloria
Jaime Darío Atehortúa

90

¿Por quién vota usted?
Pastor Juan S. Boonstra



92

La ética del Reino
María Felicia Volio

La cultura del Reino

Por Ern Baxter



Ern Baxter, líder por mucho tiempo en el movimiento carismático, pastoreó por veinte años una de las iglesias evangélicas más grandes del Canadá. Desde entonces ha viajado extensamente por los Estados Unidos y ultramar en el ministerio de la Palabra. Ern y su esposa Ruth residen en Mobile, donde es uno de los miembros de la directiva de New Wine Magazine.

El redescubrimiento de nuestro mandato

La cultura es un orden de vida, la manera de vivir de una especie. La Biblia concede una distinción más amplia en términos de la cultura: la que existe entre la humanidad no regenerada y la humanidad regenerada. En Romanos 5:19, Pablo dice: "Por la desobediencia de un hombre muchos fueron hechos pecadores." Esa es una cultura. Luego sigue: "Así también por la obediencia de Uno muchos serán hechos justos." Esa es la otra cultura. La *primera* que menciona es injusta; la segunda es justa. En otras palabras, el hombre que no ha sido regenerado pertenece a una especie distinta, pues como dice más tarde en el Nuevo Tes-

tamento: "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es," esto es, una nueva *especie*. Santiago concuerda cuando declara que somos los primeros frutos de una nueva especie.

A la última de estas dos especies u órdenes de vida, la adámica y la de Cristo, es a la que llamo "la cultura del Reino". Es la cultura cumbre, que emergerá porque la Biblia dice que Jesús debe reinar hasta que sus enemigos sean hechos por estrado de sus pies. Esto significa que esta cultura no se habrá manifestado plenamente sino hasta que el señorío de Cristo sea normal. Ya vino idealmente cuando Cristo resucitó de los muertos, pero dentro del tiempo y de la historia tendrá que emerger aún a través de la Iglesia.

La crónica bíblica indica que la intención de Dios desde la creación de Adán es que el hombre llene la tierra con su especie y que la supervise y la gobierne. Adán fracasó por su desobediencia y después de él vino una procesión de hombres fieles y también infieles hasta el día en que Dios llamó a Abraham y le dijo: "En ti serán benditas todas las familias de la tierra." Abraham simboliza el comienzo del propósito de redención corporativa; el establecimiento de una cultura del agrado de Dios. Abraham engendró a Isaac; Isaac a Jacob; los doce hijos de Jacob se convirtieron en una nación. A ella se le dio el privilegio de evangelizar a las otras naciones e hizo un gran trabajo hasta el reinado de Salomón. Salomón cometió graves errores y de allí en adelante todo fue cuesta abajo.

Entonces los profetas comenzaron a mencionar a Uno que vendría, en cuyos hombros descansaría el principado. Cuando Jesús vino, fue la palabra final de Dios para la humanidad, enfocando con claridad toda la historia divina y estableciendo a la Iglesia para que llevase a cabo el propósito de Dios.

La pérdida de su visión y del sentido de su mandato ha sido el fracaso de la Iglesia a través de la historia. En vez de esforzarse para alcanzar la visión de la cultura del Reino, el gobierno de Dios en su forma máxima, se ha ocupado de asuntos menores y se ha conformado con hacer énfasis incompletos. Nuestro llamamiento como la "sociedad de Cristo" no es sólo ser un grupo de personas salvas que se irán al cielo cuando mueran, sino un pueblo que sea en la historia la manifestación de la cultura divina.

Para decirlo de una forma atrevida, debemos de ser una extensión de la Trinidad en la tierra, igual que Jesús. Juan dijo de Jesús: "... y vimos su glo-

ria." "Gloria" en este sentido es la manifestación visible de los atributos invisibles de Dios. Es igual que decir que Jesús fue una contracultura andando: todo lo que hizo y dijo fue una extensión del Padre. Y él dice a su Iglesia: "Como el Padre me ha enviado a mí, así también yo os envío a vosotros" (Jn. 20:21). De manera que lo que él fue como la cultura en un hombre, nosotros hemos de serlo corporativamente. Tenemos que convertirnos en el "pueblo de Cristo" en el mismo sentido que Cristo fue la expresión cultural del Padre sobre la tierra.

La predicación del Evangelio

La prioridad máxima que surge de esta cultura del Reino es la necesidad de predicar el evangelio. Esa es la prioridad de Dios. En estos días de asuntos perplejizantes y puntos de vista tan variados, se hace necesario que seamos bien claros con respecto a lo que es nuestro fundamento y nuestra fuente. No debemos permitir que nuestro involucramiento político, económico o cultural nos mueva de nuestra base primordial de proclamar el evangelio.

No debemos permitir que nuestro involucramiento político, económico o cultural nos mueva de nuestra base primordial de proclamar el evangelio.

Yo soy, en un análisis final, un siervo de Dios, un proclamador del evangelio, un pastor de mi

comunidad local y un mensajero del Reino. Estos papeles deben ser mi prioridad. Si yo dejo el fundamento de mi responsabilidad primordial como proclamador del evangelio y me meto de lleno en la política, por ejemplo, me salgo de mi área de don y entrenamiento para entrar en una arena en la que no estoy capacitado para lo que pueda encontrar. En mi terreno, yo puedo intervenir en la situación, pero fuera de él, donde no hay reglas, soy menos efectivo. Aunque esto les pueda parecer auto-proteccionismo, me doy cuenta que mi seguridad estriba en permanecer dentro de mi territorio. Esta bien pudiera ser una posición que todos necesitamos tomar: aun cuando algunos nos cataloguen como biblicistas o oscurantistas.

La pregunta que pudiera surgir de lo que acabo de mencionar es la siguiente: “¿No tiene entonces el evangelio su aplicación en la sociedad?” La respuesta es, por supuesto, que el evangelio tiene tremendas implicaciones sociales; sin embargo, en los últimos setenta y cinco años, esta aplicación se ha clasificado con la terminología incorrecta de “evangelio social.” En años recientes, el evangelio social ha sido percibido como el involucramiento total en la acción social. No nos perturba la acción social; pero sí el hecho que mucha de la acción social haya abandonado las áreas que nosotros consideramos fundamentalmente esenciales. Algunos se han metido tan de lleno a dar de comer a los pobres, por ejemplo, que se han olvidado de predicarles el evangelio.

De tal manera que nuestra máxima prioridad tiene que ser la de percibir nuestra ubicación dentro del Reino. Tenemos que ser los que, habiendo llegado a tener una relación definitiva con Dios por medio de Jesucristo, somos gobernados por la Palabra de Dios, investidos de poder por el Espíritu Santo, y comprometidos dentro de la comunidad redimida a su gobierno y supervisión. Tenemos que ser parte de una manifestación de la cultura celestial en la tierra y tenemos que involucrarnos socialmente, primero con la comunidad redimida, cuidando de nuestras viudas, de nuestros pobres y los de nuestra propia casa y luego extendiéndonos a la comunidad en general. Tenemos que estar alertas a toda injusticia dondequiera que se dé y pronunciarnos al respecto según el grado de nuestra capacitación. Pero no debemos divorciar nuestro involucramiento social del evangelio, como muchos lo hacen a menudo.

Si tenemos una base firme dentro del Reino, entonces tendremos un buen fundamento para in-

volucrarnos fuera de él. De lo contrario nuestra participación será tal que probablemente nos olvidemos del evangelio.

¿Conservador, liberal o cristiano?

En la arena política encontramos a muchos cristianos que toman posiciones conservadoras, liberales, demócratas, republicanas, de izquierda o de derecha. Presumo que como cristianos estas personas aman al Señor Jesús, pero me temo que algu-

Algunos están interpretando su cristianismo en términos de sus posiciones políticas en vez de interpretar sus posiciones políticas en términos del Cristianismo.

nos de ellos están interpretando su cristianismo en términos de sus posiciones políticas en vez de interpretar sus posiciones políticas en términos del Cristianismo. Por ejemplo, si soy “conservador”, entonces mi tendencia es hacia la política conservadora. En este caso, al desarrollar mis puntos cristianos, discrimino constantemente para buscarle acomodo a mi conservadorismo. Lo mismo haría si fuese liberal.”

Idealmente, tenemos que proyectarnos con base al concepto bíblico de la cultura del Reino cuyo Rey es Jesús. Esto significa que habrá ocasiones en las que aparentaremos enfocar ciertos asuntos desde una perspectiva conservadora porque se acerca más a la posición cristiana. En otras ocasiones será aparentemente desde el lado liberal. Estas variaciones pudieran ser interpretadas como ambivalencia de nuestra parte y la gente pudiera preguntarse qué somos en realidad; si liberales o conservadores. Sin embargo, estas etiquetas no son conceptos bíblicos. Yo no soy ni conservador ni liberal; soy un cristiano.

Pablo dice: “... el que es espiritual juzga (evalúa)

todas las cosas; sin embargo, él no es juzgado (evaluado) por nadie.” Esto significa que cuando procedemos partiendo de la cultura del Reino, tenemos la habilidad sobrenatural, dada por el espíritu de la Palabra, de hacer evaluaciones de lo que está sucediendo, pero nosotros mismos no podemos ser catalogados o clasificados porque el que está fuera del Reino no comprende cuál es nuestro punto de partida.

Salvar el pellejo no es realmente nuestra prioridad más alta; sino hacer la voluntad de Dios.

Si tomamos un punto en discusión, como el aborto por ejemplo, en el que estamos a favor de la vida donde se ubican la mayoría de los conservadores, pareceremos que somos conservadores. Pero en el asunto del mal manejo de la riqueza, que tiende a ser una debilidad conservadora, estaríamos más inclinados a pronunciarnos en favor de una administración responsable de la riqueza y por consecuencia podríamos dar un tono semejante al socialismo de izquierda. Pero no lo somos. Todo lo que hacemos es expresar la advertencia de Santiago a los ricos que se rehusaron a ayudar a los pobres: “¡Oíd ahora, vosotros, ricos! Llorad y aullad por las miserias que vienen sobre vosotros” (Stg. 5:1). Esta es una posición puramente bíblica, pero podría hacer que algunos conservadores se enojaran con nosotros y nos catalogaran como de extrema izquierda, pensando que somos partidarios de la redistribución de la riqueza. Pero no es eso lo que decimos, sino que los ricos tienen una responsabilidad providencial de manejar lo que tienen como una mayordomía delante de Dios. Este enfoque podría perturbar a aquellos que teórica, política y filosóficamente son conservadores y que nos habían considerado, por lo menos hasta este punto, que estábamos de su lado político.

El que protesta por cualquier enfoque bíblico, está indicando que su proceder no viene de la cul-

tura del Reino, sino de una conservadora o liberal. Es debatible cuánto de esa filosofía conservadora o liberal sea compatible con la cultura del Reino, pero el quid del asunto es que hay otras cosas en esas filosofías que no tienen nada que ver con la cultura del Reino. No somos conservadores ni liberales; somos cristianos y eso puede llegar a ser causa de tensión entre nosotros y nuestros amigos, liberales o conservadores.

Debemos de tomar los puntos en cuestión, uno por uno y pronunciarnos al respecto desde nuestra cultura del Reino. Muchos de los que se metieron dentro de la cultura de las drogas en los años sesenta, lo hicieron a modo de reacción contra lo establecido. Por cierto que había mucho en la situación imperante por esos días que merecía una reacción, pero nuestra postura fue esta: “Aunque haya muchos males en el estado de las cosas en determinado momento, la reacción del Reino a este mal comportamiento no son las protestas sin sentido ni disolverse el cerebro con LSD.” Eso nos puso entre dos fuegos con la inconformidad de ambos lados. Pero un profeta no se permite el lujo de apaciguar a todo el mundo; su tarea es agradar a Dios.

Un profeta no se permite el lujo de apaciguar a todo el mundo; su tarea es agradar a Dios.

Nuestra actuación constante debe partir de una base en la cultura del Reino, y eso nos pondrá en tensión perpetua, porque nunca estaremos en acuerdo total con los que estén fuera de esa cultura. Nos amarán cuando hablemos de cierta manera y nos odiarán cuando lo hagamos de otra forma. Con ellos estaremos siempre con el agua al cuello, pero esa es nuestra expectativa profética y, a pesar de la incomodidad de la postura, podemos esperar que el Padre se involucre plenamente en lo que estamos haciendo. Salvar el pellejo no es realmente nuestra prioridad más alta, sino hacer la

voluntad de Dios. Eso me garantiza la bendición más grande del Padre. Por lo tanto, nos incumbe actuar de acuerdo al molde de la cultura del Reino.

No hemos sido llamados a todo

Examinemos la conducta de Jesús en la tierra. Por cierto que Jesús debió haber visto cosas que necesitaban corrección, pero Jesús hizo lo que el Padre le ordenaba. Nosotros también deberíamos hacerlo. Debo admitir, para mi vergüenza, que ha sido sólo en años recientes que me he calmado y he asumido la misma postura de Jesús. En el pasado me involucraba con pasión y con enojo en cosas que el Padre nunca me mandó hacer. Debemos esperar con paciencia en el Señor, no permitiendo que la paciencia se convierta en pereza, para declarar con autoridad sus mandatos en las situaciones de interés.

Aun cuando actúe por compasión cristiana en un mundo necesitado, tratando de ayudarlo, alimentando a los pobres y aliviando su sufrimiento, si el evangelio no está en la vanguardia de lo que hago, entonces mi postura no es bíblica. No obstante, es una gran tentación cometer este error por dos razones: primero, porque tengo la compasión de Cristo; y segundo, porque soy agujoneado para que actúe por personas persuasivas pero desorientadas que me dicen: "Usted es cristiano; ¿por qué la iglesia no hace algo?" Aunque no es prerrogativa de ellos decirnos lo que tenemos que hacer, somos incitados a actuar porque respondemos a su conjunto de prioridades y ese es un estímulo equivocado. Da vergüenza ver a un hombre de Dios que es movido convenientemente por personas que sólo quieren usar sus dones y sus habilidades para alcanzar las metas de ellos.

Yo he participado en muchas actividades a través de los años. Eventualmente tuve que decir a algunos de mis asociados: "Afirmo totalmente lo que estás haciendo; pero Dios no me ha llamado a mí a hacer eso, aunque sí creo que te ha llamado a ti para hacerlo." Hay cosas que son buenas en sí mismas, pero que si yo me involucro en ellas pudieran convertirse en una violación de mi llamamiento personal.

Estoy de acuerdo con Charles Simpson quien dice que hay que diferenciar entre lo que se puede bendecir y lo que hay que servir. Algunas de las actividades que están totalmente dentro de la providencia de Dios no son para mí. Yo no puedo hacerlo todo. Ya que no podemos hacerlo todo, mejor busquemos lo que él quiere que hagamos.

Hay que diferenciar entre lo que se puede bendecir y lo que hay que servir.

Hablándole a gobiernos

Algo que sí somos llamados a hacer es dirigirnos al gobierno desde nuestra cultura del Reino. En Romanos capítulo 13, Pablo dice que el gobierno es una agencia de Dios en la esfera social. "Porque no en vano lleva la espada, pues ministro es de Dios." El gobierno civil es un agente de Dios para supervisar providencialmente el comportamiento humano e impedir que se desintegre en una anarquía autodestructiva.

La comunidad redimida también está directamente bajo la dirección de Dios como su brazo rector. Ambas instituciones están supuestas a actuar juntas. La Iglesia no está sobre el gobierno, ni éste sobre la Iglesia. Idealmente, cada uno debe mantener la responsabilidad que Dios le ha dado. La verdad es que los hombres en el gobierno deberían ser buenos miembros de la comunidad redimida, bien alimentados con la cultura del Reino para que la puedan traducir dentro de la esfera gubernamental. El gobierno es una institución a la que tenemos que dirigirnos.

Dios es quien ordena el poder de los hombres. Los gobernantes pueden alcanzar el poder por medio del voto o la revolución, pero Dios es quien los ordena. En la Iglesia, Dios es quien nos da el liderazgo de los apóstoles, los profetas, los evangelistas y los pastores. Si sostenemos en su debido lugar estos dos polos de gobierno en la Iglesia y gobierno en la sociedad, entonces comprendemos que la Iglesia tiene que tratar con el gobierno secular como corazón de la cultura. Jesús se le apareció a Pablo y le dijo que comparecería delante de César y así ocurrió.

Nuestra posición contra el aborto, por ejemplo, es válida. Desearía que todos los asuntos fueran tan claros como éste, pues todo lo que hacemos en esta situación es declararle al gobierno que el asesinato es malo. Nuevamente quiero mantener bajo control mi involucramiento para no violar una prioridad mayor. No quisiera salirme con alguna clase de cruzada que me impida cumplir con

mi llamamiento primordial.

Por supuesto que hay algunos cristianos que son llamados a involucrarse más de lleno en ciertas áreas que otros. Habrá hombres de Dios en la educación, en la economía y en otras áreas, que comiencen a interpretar la cultura del Reino dentro de esas áreas. Es absolutamente esencial que el mensaje del Reino de Dios influya eventualmente todo el proceso social. No serán los apóstoles, los profetas, los evangelistas y los maestros, los llamados a esta tarea; será toda la comunidad redimida.

Con la infinita variedad de dones que Dios ha dado, habrá personas en el gobierno, en la educación, en la profesión legal, en la industria y en todas las áreas de la sociedad que declararán lo que es recto en esas situaciones, actuando desde un fundamento que está dentro de la cultura del Reino.

Esto presupone que los cristianos están enseñando y entregándose ellos mismos a estos conceptos del Reino, pues no podemos hablar muy bien de lo que no tenemos. Primero tenemos que comprender el gobierno de Dios dentro del Reino antes que podamos pronunciarlos ante los gobiernos. Mi interés es que la totalidad del pueblo de Dios se someta a la cultura del Reino, para que todos unidos podamos hablar con firmeza, con humildad y redentivamente contra las violaciones del gobierno moral de Dios, en asuntos como el aborto o la permisividad sexual. Y esto debemos hacerlo sin descuidar nuestra prioridad principal: la predicación del evangelio.

Debemos crucificar las emociones autogratificadoras de nuestra naturaleza, para no actuar movidos por nuestras pasiones, sino por revelación. Es esencial tener la sabiduría de Dios si hemos de participar en su trabajo. Eso sólo puede venir si vivimos y funcionamos dentro de la cultura del Reino.

Actuando corporativamente

En todo esto nuestra respuesta debe proceder de nuestra corporatividad. Tal vez no podamos tener siempre totalmente esta cualidad; no obstante, es muy importante que en las decisiones que influyen la política de la comunidad, actuemos en sinfonía y no unilateralmente. Estamos pasando por una etapa dentro del Cuerpo de Cristo en la que necesitamos funcionar de esta manera para que haya protección y claridad: pues ninguno de nosotros ve el cuadro completo.

Nuestra fuerza radica en nuestra pluralidad. Si actuamos en la pluralidad del consejo, reconocien-

do que somos el pueblo de Dios, que estamos comprometidos con la cultura del Reino y enfrentamos todos nuestros retos basados en esta cultura, tenemos la esperanza de protección y no cometer errores graves. Por años he observado a muchos con ideas buenas que se abocaron a situaciones y terminaron haciendo algo intemperante porque no buscaron consejo.

También he visto la necesidad indispensable del diálogo. Ahora, en los asuntos de interés, me encuentro esperando ese "palpitar divino" o consenso santo que me indique que Dios ha hablado. Recuerdo una ocasión en que cinco personas discutíamos cierto asunto. Cada uno expresó su opinión diferente a las de los demás. Dos horas después nos encontramos con el decir de Dios y era diferente a la de los cinco. Sin que nadie lo sugiriera, todos nos levantamos espontáneamente, alzamos nuestras manos y comenzamos a alabar a Dios.

Hay seguridad en el consejo; una seguridad de decir lo que hemos comenzado a pensar; porque sabemos que eventualmente será corregido. Si logramos entender la naturaleza de la cultura del Reino, que no es mera filosofía humana, sino la intención de Dios para la humanidad, y si nuestras decisiones proceden del consejo donde nuestros corazones se han humillado y se han abierto para recibir la revelación que se alinee a la Palabra de Dios, entonces podremos cumplir efectiva y responsablemente el propósito final de Dios para su Iglesia.

La fe es el propósito final de Dios

Si yo no creyese en el propósito final de Dios, me moriría de desaliento. Yo creo que Dios tiene un propósito en *todo* lo que vemos y oímos en nuestra generación. Hay algo positivo en todo. Mi pensamiento se centra siempre en fundamentos y finalidades: Dios va a reunir todas las cosas en el Cuerpo de Cristo. Todo el pueblo de Dios tiene que descubrir que es la cultura del Reino.

Yo no sé cómo va a cumplir Dios con ese propósito final, pero saber que *sí* lo hará me llena de esperanza. Si yo mirase lo que está sucediendo entre los cristianos y no tuviera esa esperanza, me desesperaría. Pero no me desespero porque mi fe está en Dios y en su propósito final. Mi tarea es hacer lo que él me manda, nada más. La promesa en que todos podemos confiar es que Dios está haciendo que todas las cosas ayuden para bien.

Tomado de New Wine, setiembre de 1981

La iglesia y la sociedad



Por Mario Fumero

Debemos definir correctamente la posición de la Iglesia en relación al medio social en el cual nace y existe. También tenemos el deber de reconocer dos verdades fundamentales: la Iglesia está en el mundo, dentro de un sistema, pero no es del mundo; es decir, no tiene sus raíces en el esquema de la sociedad existente. La necesidad de definir nuestra posición es imperiosa debido a que dentro de

este marco existen muchas corrientes o tendencias que intentan envolver o comprometer a la Iglesia en su esquema mediante sus propias definiciones.

La Iglesia en la sociedad

La institucionalización de las Iglesias y misiones en nuestro medio se debe a un proceso jurídico requerido dentro de una sociedad libre y democrática para fines legales de compra, venta y adminis-

tración. La Iglesia toma su forma jurídica como "persona" reconocida por el Estado y se constituye en una institución más dentro del sistema social y da origen a un sinnúmero de nombres, estilos, gobiernos y denominaciones.

El denominacionalismo y la institucionalización de la Iglesia han sido fenómenos modernos ocasionados por la liberación del individuo de las estructuras tradicionales y por la evolución de esa libertad a dimensiones tan amplias que en un sentido, un bien se ha transformado en un mal.

El mal que vemos radica en el hecho de que cuanto más se acomoda y se adapta la Iglesia a su sociedad, más pierde el contacto con sus raíces. Poco a poco los grupos son influenciados por el medio y caen en el sectarismo, la separación ilógica de los cristianos, y la competencia, producto de una sociedad de consumo. También caen en el mercantilismo, y los intereses creados, al que se acomodan los cristianos con ambiciones materiales. Los compromisos sociales los envuelven en los afanes de este siglo y la tendencia de imitación destruye lentamente el fundamento y la moral evangélica (Lc. 21; 34, Col. 2:8).

Los procesos sociales y políticos influyen directamente a la Iglesia y la verdad es adulterada y traicionada.

La sociedad como sistema

Las tendencias, influencias y filosofías del medio moldean inconscientemente el comportamiento del individuo. La Iglesia que es el conjunto de los redimidos por la sangre de Cristo, refleja esta influencia en el seno de la reunión o de la asamblea cristiana. Sin quererlo cae en el *modus vivendi* del sistema y muchas veces se aleja de los principios cristocéntricos y bíblicos para dejarse llevar por las nuevas corrientes filosóficas.

Dentro del esquema de toda sociedad hay elementos políticos, culturales y religiosos que determinan los patrones de conducta de los pueblos y dan origen al nacionalismo. Estos elementos políticos producen sociedades capitalistas, socialistas, fascistas, comunistas, etc. Culturalmente, las sociedades se forman por su idioma, origen antropológico, historia, etc. y las religiosas por su herencia, costumbres, creencias y supersticiones.

Las siguientes son algunas de las tendencias sociales que han influido históricamente en los modelos que actualmente se implantan en la Iglesia.

La democracia se ha infiltrado dentro del medio eclesiástico y ha dado origen a un estilo de gobier-

no congregacional, donde el poder de la Iglesia está en la mayoría. ¿Será ésta una norma bíblica? ¿No contradirá ello el origen de la autoridad apostólica, el sentir del Espíritu y la teocracia bíblica? ¿No será ésta la causa de tantos errores en la Iglesia? ¿No se habrá dado el poder a una mayoría carnal, si aceptamos que los fieles han sido siempre el remanente pequeño? El grave error de Israel fue cambiar su gobierno de jueces por reyes, deseando copiar los sistemas imperantes en su medio (Jueces 2:16).

Las tendencias políticas tratan de influir con su filosofía dialéctica a todos los círculos sociales, incluyendo a la Iglesia, la cual, olvidando su compromiso cristocéntrico y evangélico, se lanza a la carrera de la identificación ideológica y cae subsecuentemente en la política.

El estilo de vida existente en *el mercantilismo moderno* hace que muchos cristianos se afanen y se envuelvan en ambiciones personales que les roban el tiempo para Dios y para la familia. A veces las mismas Iglesias se materializan e invierten más en el acomodamiento material que en su labor misionera y evangelizadora.

Los movimientos de acción social, con sus programas de ayuda, denuncias, convenios, etc. influyen a la Iglesia también y contaminan el espíritu de los cristianos con su compromiso a marcos sociales no evangélicos. Sería bueno determinar no involucrarnos en movimientos o acciones sociales que van más allá de lo que la Biblia permite y rechazar todo principio o filosofía que no esté fundamentado en la palabra de Dios (1 Jn. 2:15-17; Lc. 16:13).

El endeudamiento de los hermanos para satisfacer una vida de placer es otra tendencia que afecta a la Iglesia. Las deudas hunden al cristiano en un mar de tensiones y compromisos económicos que le quitan la paz y su tiempo para el Señor. Hay miles de hijos de Dios que están esclavizados por una "tarjeta de crédito" y se ven comprometidos más allá de lo que sus recursos les permiten. La ambición exagerada y los errores administrativos producen desasosiego, tensiones y la desintegración de la familia, pues se cambia la comunión familiar por algún aparato electrónico. La Biblia enseña que teniendo el sustento y el abrigo necesarios, debemos estar contentos y, que "cada día

tiene su afán." La vida fácil puede llegar a ser peligrosa. Lot buscó la llanura con sus placeres y facilidades y su fin fue casi de muerte y de destrucción (Gn. 13 y 19, Rom. 13:8).

Como culminación, es bueno entender que la Iglesia está en medio de un sistema decadente, corrupto y sentenciado por la palabra profética a la destrucción, pero que se vale de éste para transmitir su mensaje y forjar un reino con "nuevos patrones de conducta." Debemos entender que como pueblo comprado por Cristo, debemos vivir una vida de acuerdo a los patrones bíblicos, diferenciándonos de todos y teniendo dentro de nuestro seno, esos valores de nación santa, real sacerdocio y pueblo escogido por Dios. No permitamos que los sistemas del medio enajenen a la Iglesia y la desvíen de la ruta trazada por el Señor Jesús, quien es el único camino (1 P. 2:6; 1:15; Ef. 4:24; 2 Co. 3:17).

La Iglesia y el trabajo social

En muchos lugares, la Iglesia ha tratado de proyectarse socialmente a tal grado que ha olvidado totalmente su misión evangelizadora y se ha apoyado en tan sólo las *obras sociales*. Otras han ignorado este aspecto y le han dado las espaldas a los problemas de la sociedad, desligándose de la realidad imperante en el medio, y han buscado el camino de la superespiritualidad para esquivar el conflicto.

La fe y las obras son parte intrínseca del vivir en Cristo. Tanto una como las otras se complementan: la fe lleva a las obras de la mano, la fe adelante y las obras detrás. Puede haber obras sin fe, pero es imposible tener una fe sin obras. No podemos separar a una de la otra, como si pudiéramos dividir al cuerpo del espíritu. Cada una tiene su lugar. Es ilógico querer espiritualizarse hasta "divinizarse" cuando Cristo se encarnó y se humanizó. El radicalismo en este punto de las obras de la fe ha sido un conflicto de siglos. Si divorciamos lo social de lo espiritual ignoramos la realidad apostólica de la Iglesia (Stg. 2:18-20; 1 Co. 2:13; 1 Co. 15:46).

La Iglesia debe obrar como luz que es de Cristo, mostrando frutos de misericordia. Por medio de la fe se produce el quehacer de los discípulos, pues el amor del Señor nos mueve a obrar como él. No existe un "evangelio social" y otro "espiritual", sino tan solo el *Evangelio del Reino*. El reino es un término abarcante; incluye al hombre íntegro, con sus necesidades y demandas. La Iglesia dentro de su reino es o debe ser un modelo social perfec-

to. En ella debe haber igualdad y compartimiento. La justicia de Dios es el fruto del nuevo nacimiento. El llamado "trabajo social" es el fruto del amor de Dios que mueve a los hermanos a compartir sus alimentos, sus bienes y sus conocimientos con otros que los necesiten, sin imposición o coacción. La Iglesia proyecta su ayuda primeramente al necesitado dentro de su mismo seno. Después, se extiende, como un buen samaritano, a aquellos marginados y necesitados que conviven en su alrededor sin hacer ruido o exhibición de lo que es un deber de todos los que somos llamados a servir (2 Co. 8:14-15; Hch. 2:44; Mt. 6:3; Stg. 1:27; Mt. 5:14-16).

La Iglesia puede asumir un papel importante en medio de la comunidad donde está, enseñando a leer al analfabeto, ayudando a los perdidos y depravados, socorriendo al huérfano y al enfermo, pero no como un medio de chantaje espiritual (comprar cristianos con favores y no con el mensaje de arrepentimiento). En esto existen dos peligros: Primero, hacer obras de caridad social para atraer adeptos o prosélitos a su iglesia. Las obras no deben envolver interés personal, pues en tal caso Dios no se agrada de ellas.

En segundo lugar, hacer obra social para competir con otras instituciones o con el estado como un negocio más del medio y no como un servicio cristiano. Es bueno saber que muchas veces la Iglesia se ha proyectado a la comunidad con obras necesarias, pues nadie suplía esa demanda, pero con el pasar de los años esa obra humanitaria se "mercantilizó", perdió su razón de ser cristiana y se convirtió en un negocio.

Nuestro servicio al necesitado no debe ser por interés, ni por competir. Una vez que tengamos resuelto el problema de los santos dentro de nuestra propia casa (la comunidad local), debemos proyectarnos a los de afuera, tratando de remediar males concretos que nadie quiere o puede solucionar. En nuestro caminar cristiano, extendemos la mano a todo el que necesita sin mirar color, credo, nacionalidad, etc. sabiendo que el servir es requisito indispensable en este reino de Dios (Lc. 17:7-10; Mt. 25:31-46).

El mundo y el compromiso del cristiano

No podemos desvincular a la Iglesia de los miembros que la forman: ellos son su razón de ser. Unidos forman el Cuerpo de Cristo, del cual Jesús es la Cabeza. Nuestras actuaciones como cristianos reflejan la realidad del Cuerpo y es por ello que

no podemos analizar a la Iglesia y su compromiso social, ignorando al discípulo como individuo. La Biblia es clara y explícita al referirse en forma personal a la conducta del cristiano como esencia del testimonio del Cuerpo. La forma de pensar de las personas debe reflejar el mismo sentir de Cristo (Mr. 7:20-23; 1 Ti. 3:7).

Lo que es malo para el conjunto tiene que ser malo para el individuo. No existe una teología para el individuo y otra para el Cuerpo. Cuando predicamos que el cristiano no debe enredarse en los negocios de este siglo, tampoco la Iglesia debe, y cuando decimos que la Iglesia no debe alinearse bajo tal tendencia política porque contradice la realidad de Cristo, tampoco el cristiano debe (2 Ti. 2:4).

Hay una separación bien marcada entre el mundo (como sistema corrupto en donde reina el príncipe de este siglo) y el cristiano como parte del Cuerpo de Cristo. El yugo desigual, los negocios con incrédulos, la participación en actos de conducta moral dudosa, la afiliación a grupos sociales antagónicos al evangelio, la politización corrupta del medio, la tendencia explotadora, el mercantilismo y la usura del sistema son cosas inaceptables tanto para la Iglesia como para el individuo cristiano (Jn. 12:31, 14:30; 1 Co. 2:8; Ex. 2:2; 2 Co. 6:14-15).

Debemos entender las leyes del Reino para no infringirlas o imponer y apoyar otras. Debemos someternos a las autoridades superiores o sistemas políticos y aceptar su legislación, siempre y cuando esta no se contraponga al fundamento de Cristo.

No podemos quedar callados y apoyar con el silencio o la indiferencia actos tales como la supresión del culto, la legalización del homosexualismo, la legalización del aborto, el ateísmo, etc. Pero tampoco podemos tomar las armas y contradecir con la violencia el principio básico del amor al enemigo. Nuestras armas no son carnales. Nuestra voz y nuestra acción reflejan la voluntad de Dios. No podemos esperar que un mundo sin Cristo viva como si él reinara sobre ellos. No podemos esperar que el incrédulo sea casto, moral y honesto porque "yo así lo prediqué". No creo que terminaremos con el pecado denunciándolo, pero al menos manifestaremos nuestra posición y daremos al que escucha la alternativa de escoger a cuál Señor servir.

No aspiro a una sociedad "moral" sin Dios, ni a que las leyes del país cambien para prohibir la prostitución, para implantar la ley seca o dar muerte

al adúltero, etc., porque sé que aunque se legisle en contra del pecado, éste reinará, a menos que haya un arrepentimiento y un nuevo nacimiento. Pero sí aspiro a no ser cómplice de esta serie de cosas que son normales en el mundo, pero que en la Iglesia ni se debe hablar de ello (Ro. 13:1-2; 12:19-21; 1 Co. 3:1).

Debemos declararnos en contra de toda situación personal que afecte nuestro testimonio cristiano: como la evasión de impuestos, el quebrantar las leyes del país, el vender mis principios en busca de prebendas, el comprometer el testimonio de mis hermanos para conservar mi *modus vivendi*; el de participar de espectáculos que enajenan al hombre con el sexo, la violencia, la inmoralidad y el culto a demonios. Definamos nuestra posición como verdaderos cristianos y no participemos de las obras de las tinieblas.

Para concluir, dejamos patentes las siguientes verdades:

Primero, que la iglesia tiende a perder su identidad Cristocéntrica al involucrarse en los sistemas sociales imperantes. La Iglesia debe mantener sus principios sin contaminarse con el sistema.

Segundo, que nuestro único compromiso es con Cristo y su evangelio, siendo la gran comisión su mandato básico. Nuestro deber es hacer discípulos para Cristo.

Tercero, que las obras son parte del vivir en Cristo. No existe un evangelio social o espiritual, sino un evangelio del reino. Vivirlo es amar y servir a todos los que forman nuestro círculo de acción.

Cuarto, que como cristianos no debemos comprometer nuestro testimonio con las cosas que traigan ataduras o yugo con los incrédulos. Debemos de ser luz aunque estemos en medio de las tinieblas.

Quinto, que nuestra lucha no es contra sangre ni carne, sino contra el pecado, el cual debemos denunciar sin dejar de amar al pecador como su víctima.

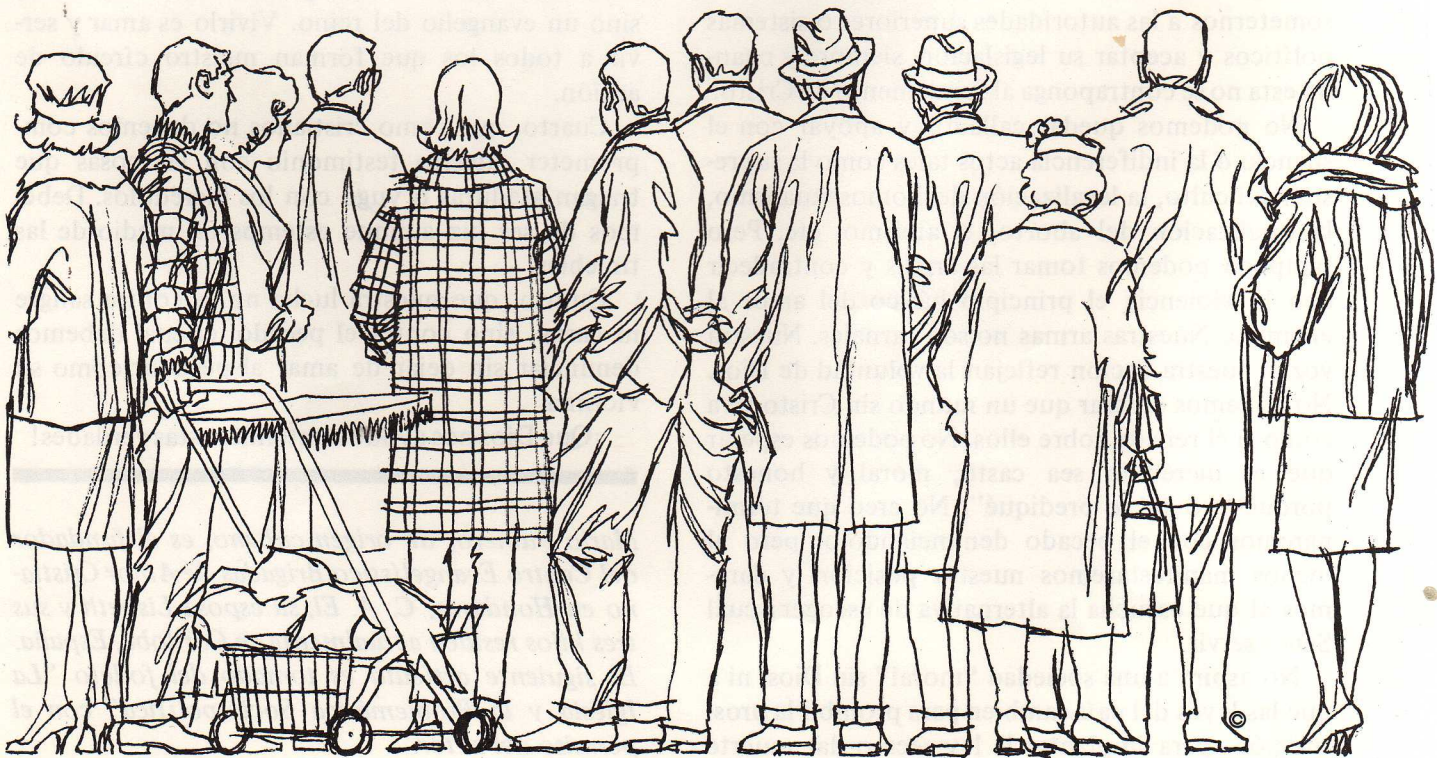
¡Que Dios nos ayude a entender estas verdades!

Mario Fumero, de origen cubano, es el fundador del Centro Evangelístico Brigadas de Amor Cristiano en Honduras, C. A. El, su esposa Lisbeth y sus tres hijos residen actualmente en Córdoba, España. El siguiente artículo es tomado del folleto "La Iglesia y la Problemática Socio-política" con el permiso del autor.



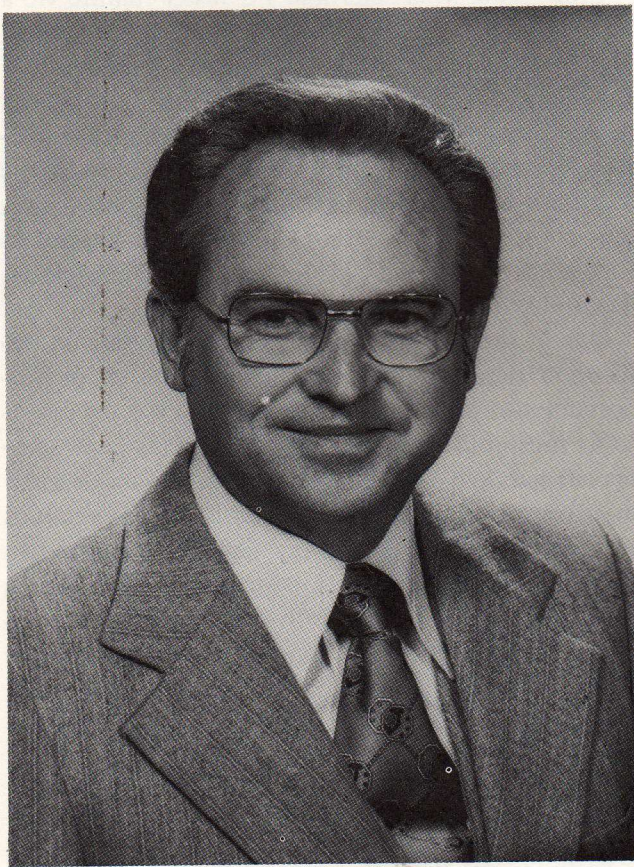
La necesidad de liderazgo

por Charles Simpson



El mundo está buscando quien le muestre el camino.

Cierto día salí a visitar a una familia de mi congregación. Cuando llegué, mi anfitrión me ofreció un sillón bajo cerca de la entrada. Yo me senté; él cerró la puerta y lo que ví me tomó por sorpresa. Detrás de la puerta había un



Charles V. Simpson recibió su educación en la Universidad de William Carey en Hattiesburg, Mississippi y en el Seminario Teológico Bautista de Nueva Orleans, Louisiana. Además de sus responsabilidades pastorales y ministerio internacional, es presidente de la Junta Editorial de New Wine. El, su esposa Carolyn y tres hijos viven en Mobile, Alabama.

enorme "bulldog" del tamaño de un ternero; era el perro más grande que jamás había visto y estaba demasiado cerca. Yo no le tengo miedo a los perros, pero respeto a los de ese tamaño. Me hundí en el sillón y el perro se sentó con la cabeza erguida, nuestros ojos al mismo nivel. Ninguno de los dos se movía.

"¿Es peligroso?", pregunté sin quitarle los ojos de encima.

"No; no hace nada... pero no haga movimientos bruscos."

"¿Bruscos? Si no me puedo mover del todo."

Una cosa es que una persona quede inmovilizada temporalmente por el temor y otra que familias enteras, congregaciones y naciones sean paralizadas por el miedo. Ahora puedo ver hacia atrás y reír por mi experiencia, pero la parálisis presente y la falta de liderazgo en la sociedad occidental no causan risa.

Una vez estaba dirigiendo un retiro con estudiantes del Seminario Teológico Fuller en un hotel de montaña. Simultáneamente, se llevaba a cabo una concentración juvenil de un grupo de acción política cuya identidad no tenía muy clara entonces. Para llegar a nuestras reuniones, tenía que pasar por una sala donde estaba el otro grupo y una mañana escuché a una joven que comenzaba su discurso de esta manera: "El liderazgo es una lucha por la conquista de los corazones y las vidas de los hombres." Por mucho rato estas palabras hicieron eco en mi mente. "¡El liderazgo es una lucha... por la conquista de los corazones y las vidas de los hombres." ¡Qué verdad más profunda!

Comencé a ver entonces mi ministerio para los jóvenes en el seminario bajo una nueva luz. *Estamos en una lucha por ganar el liderazgo mundial...* y por el momento estamos perdiendo.

Meses después leí un libro escrito por Douglas Hyde titulado *Dedication and Leadership* (Dedicación y liderazgo). Hyde fue jefe del partido comunista en Inglaterra por muchos años y editor de un diario londinense (*The London Daily Worker*), an-

tes de convertirse a Cristo y dejar el partido. En su libro él da la siguiente definición: "El liderazgo es una lucha por la conquista de los corazones y las vidas de los hombres." Recordé entonces lo que había oído en el grupo de acción política y comprendí que los comunistas tienen bien definidos sus objetivos.

Los cristianos tenemos también un mandato de Dios. "Haced discípulos de todas las naciones" fueron las últimas palabras de Jesús en la tierra para la Iglesia. Los hombres en su generación fueron líderes internacionales que sacaron a multitudes fuera de la hechicería, la idolatría, la enfermedad, la pobreza, la ignorancia y otras formas de oscuridad. El primer Adán fue comisionado para sojuzgar y ejercer dominio en la tierra. Los hijos del último Adán, Jesucristo, no debieran de hacer menos.

El liderazgo no significa dominación. No gobiernan por la fuerza y la crueldad. El liderazgo se gana con el buen proceder y la realización probada. La

El liderazgo se gana con el buen proceder y la realización probada.

dominación toma el poder haciendo trampa. El liderazgo es positivo y cultiva lo mejor en sus seguidores; la dominación es negativa y mantiene su poder retardando el crecimiento y el desarrollo de los que la siguen. Algunas veces la dominación y el liderazgo se pueden confundir temporalmente, pero el fruto que producen es claramente diferente. Un vacío de liderazgo verdadero ofrece muchas oportunidades para la dominación, pero la respuesta nunca debe ser la destrucción del liderazgo, sino observar el fruto para ver qué produce. Jesús se refirió a esto en su parábola del trigo y la cizaña en Mateo 13:24-30. Los siervos querían arrancar la cizaña, pero Jesús sabía que eso dañaría también el trigo. El tiempo revelará la verdadera calidad del liderazgo.

La necesidad de liderazgo

El esposo ha perdido el derecho de ser la cabeza de la familia. El liderazgo masculino es severamente

criticado y a menudo rechazado en la vida de la familia. El estilo de vida de la familia ha cambiado y ha hecho subir las estadísticas de divorcios hasta que el matrimonio tiene ahora un cincuenta por ciento de probabilidades de sobrevivir. El porcentaje es aun menor para matrimonios que vivan en paz, con felicidad y prosperidad. Un joven que se casa no sabe qué esperar de su esposa o lo que ella espera de él. No sabe si estudiar educación para el hogar o prepararse en una profesión. Pronto será asunto de elegir quién toma el nombre de quien.

La iglesia no está en mejor condición. Las metas ecuménicas de la generación pasada están ahora estancadas en la política internacional. Los cristianos que se sentían seguros en sus tradiciones, las han visto desaparecer frente al cinismo. Pero los cínicos no han podido reemplazar lo que han derribado.

Uno recuerda las lágrimas de Jesús cuando vio a Israel como ovejas sin pastor. Y tenían maestros, clérigos, teólogos y políticos, pero no había líderes como Moisés, Elías y David. El deber de la iglesia no es sólo tener líderes para ella misma, sino producir liderazgo para todo el mundo y en todas las áreas: en la industria, la economía, la política, la educación, etc. La iglesia es el semillero para el liderazgo del mundo. Si la luz se apagara en la iglesia, el mundo quedaría sin luz.

Que el secularismo no se atreva a apuntar un dedo de crítica al pueblo de Dios, porque en su funcionamiento anti-espiritual ha producido un período de inestabilidad en los gobiernos y las instituciones sin paralelo en la historia. Nunca se había visto anarquía semejante. Estamos ahora menos estables que cuando comenzamos. Los cambios de gobierno ocurren por violencia o por escándalo. Los líderes de la post-guerra que dieron a la civilización occidental un período de estabilidad, paz y progreso, se han ido: Churchill, de Gaulle, Eisenhower, Adenauer y otros. Con ellos se ha ido el clima que les permitió ser líderes.

Actitudes que estorban al liderazgo

El liderazgo nace de entre el pueblo y debe ser reconocido por el pueblo. En Ezequiel 22:30 Dios dice: "Y busqué *entre ellos* hombre que hiciese vallado. . ." Dios usa a hombres corrientes. Sólo una vez envió a un líder del cielo. Y fue crucificado.

Existe hoy un clima de *desconfianza de toda autoridad* que hace casi imposible el surgimiento y el ejercicio de un liderazgo verdadero. Parece que se debe pasar por un período sin líderes para poder apreciar aunque sea un liderazgo pobre. No confía-

mos en nadie, porque hemos dejado de confiar en Dios. Las mujeres se levantan contra los hombres. Los jóvenes contra los viejos. Los pobres contra los ricos, los negros contra los blancos, los trabajadores contra sus patrones, el congreso contra el presidente y los cristianos contra sí mismos. Es la vieja táctica de "divide y vencerás". La semilla diabólica de la sospecha ha sido tan ampliamente sembrada que cualquiera que haga el intento de dirigir es acusado de tener malos motivos. Entretanto, nuestras

La semilla diabólica de la sospecha ha sido tan ampliamente sembrada que cualquiera que haga el intento de dirigir es acusado de tener malos motivos.

naciones languidecen como instrumentos poderosos que se devoran a sí mismas sin el aceite de la gracia.

El *egoísmo* y el *orgullo* están relacionados muy de cerca con la desconfianza. "Si no puede ser mío, tampoco lo será de nadie." "Somos tan buenos como cualquiera." El árbol se conoce por su fruto.

La historia en el Antiguo Testamento dice la manera en que José se acercó a sus hermanos en el campo y les dijo: "Tuve un sueño en el que estábamos atando manojos. El mío estaba derecho y los de ustedes se inclinaban al mío." ¿Se alegraron sus hermanos por el sueño de José? No. Se pusieron furiosos. José soñó otra vez que el sol, la luna y once estrellas se inclinaban a él, significando que su padre, su madre y sus once hermanos se postrarían ante él. Sus hermanos se enojaron tanto que lo vendieron como esclavo pretendiendo que había sido devorado por las fieras del campo, pero no sin antes considerar seriamente matarlo.

Casi siempre se tienen problemas cuando se elige, se nombra o se reconoce algún tipo de liderazgo, porque algunos que no fueron escogidos se sienten

con derechos. Su petulancia es una de las mejores evidencias que confirma que no debieron ser elegidos.

Cuando Israel era esclavo en Egipto, Moisés sintió una enorme carga por su pueblo. Un día golpeó y mató a un egipcio que maltrataba a uno de sus hermanos hebreos. Más tarde dos hebreos peleaban entre sí por lo que Moisés los amonestó. Uno de ellos le espetó: "¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros?"

Los fariseos (conservadores) y los saduceos (liberales) se despreciaban mutuamente, pero se pusieron de acuerdo para matar a Jesús, el Mesías enviado por Dios. Prevalcieron sobre los romanos, que los oprimían, para que lo hicieran por ellos. Es una vieja historia: ocupar un cargo de liderazgo es invitar a la persecución.

Un hombre estaba atrapando cangrejos y metiéndolos en una canasta. Alguien que lo observaba comentó: "¿No temes que se salgan sin taparlos?" "¡No!", respondió él y continuó en su tarea. Los cangrejos estaban inquietos y subían por los lados de la canasta.

"¿Estás seguro que no se saldrán?"

"Seguro. Veo que no sabes nada de cangrejología".

"¿Cangrejología?"

"¡Sí. Cangrejología. Cuando uno está casi por salirse, los otros se agarran de él y lo halan para abajo!"

En un clima de orgullo y de egoísmo hay quienes abogan por una causa perdida en vez de sacrificar sus propios intereses en aras del bien común.

Otro factor que estorba el surgimiento del liderazgo es la actitud de miedo producida por un "clima de crisis." Los medios noticiosos de hoy son tan eficientes que se puede ver la sangre de las víctimas en la televisión antes que se seque. Las crisis en países lejanos se vuelven personales en nuestro mundo empequeñecido. La violencia nos confronta con tanta frecuencia que el miedo, y a veces el terror, nos invaden. Además, aunque llenos de miedo, muchos se han vuelto adictos a la violencia. La toman como entretenimiento y sus sentidos están tan saturados que para sentir alguna emoción tienen que ver a un tiburón despedazar a la gente a dentelladas. Cualquier cosa menor se puede ver en las noticias de las seis de la tarde.

Fui criado en un pequeño pueblo y recuerdo que, cuando era niño, muchas de las señoras escuchaban las radionovelas. Cualquier día por la tarde era posible oír las tragedias en los radios del ve-

cindario encendidos a todo volumen. Usted podía ir caminando por la calle y no se perdía ni una palabra de "La viuda joven," "Los amores de fulano," "La otra esposa de Alberto." Recuerdo que había una actitud común entre todas estas mujeres. Toda su conversación se centraba alrededor del tema de las novelas, la lástima de sí mismo. También muchas de nuestras conversaciones tienen que ver con la crisis y el miedo que está alrededor.

Nos hemos olvidado que nuestras iglesias y naciones alcanzaron su lugar de privilegio porque hubo hombres que corrieron riesgos fundados en su fe en Dios, su fe mutua y su confianza en sí mismos. Su preocupación principal no eran los "ismos". Una vez oí a un gran hombre de Dios decir que si los cristianos fueran lo que debían de ser todos estos "ismos" se convertirían en "eramos". No correr riesgos es contentarse con la mediocridad donde la confianza se disuelve en el temor y el orden en el caos.

Un vistazo a un verdadero líder

El primer libro de Samuel, capítulos 13 y 14 narra la historia de Jonatán, el hijo del rey Saúl.

Había ya reinado Saúl un año; y cuando hubo reinado dos años sobre Israel, escogió luego a tres mil hombres de Israel, de los cuales estaban con Saúl dos mil en Micmas y en el monte de Bet-el, y mil estaban con Jonatán en Gabaa de Benjamín; y envió al resto del pueblo cada uno a sus tiendas.

Y Jonatán atacó a la guarnición de los filisteos que había en el collado y lo oyeron los filisteos. E hizo Saúl tocar la trompeta por todo el país, diciendo: Oigan los hebreos.

Y todo Israel oyó que se decía: Saúl ha atacado a la guarnición de los filisteos; y también que Israel se había hecho abominable a los filisteos. Y se juntó el pueblo en pos de Saúl en Gilgal.

Entonces los filisteos se juntaron para pelear contra Israel, treinta mil carros, seis mil hombres de a caballo, y pueblo numeroso como la arena que está a la orilla del mar; y subieron y acamparon en Micmas, al oriente de Bet-avén.

Cuando los hombres de Israel vieron que estaban en estrecho (porque el pueblo estaba en aprieto), se escondieron en cuevas, en fosos, en peñascos, en rocas y en cisternas.

Y algunos de los hebreos pasaron el Jordán a la tierra de Gad y de Galaad; pero Saúl per-

manecía aún en Gilgal, y todo el pueblo iba tras él temblando (13:1-7).

Para complicar más las cosas, Saúl usurpó el privilegio del sacerdocio y ofreció ilegalmente una ofrenda que Dios rechazó. Como resultado, Dios quitó su favor de Saúl y la situación se tornó desesperada. En medio de este cuadro gris, Jonatán se vuelve a su escudero y le dice: "Ven y pasemos a la guarnición de los filisteos que está de aquel lado... quizás haga algo Jehová por nosotros, pues no es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos. Y su paje de armas le respondió: Haz todo lo que tienes en tu corazón; ve, pues aquí estoy contigo a tu voluntad" (1 S. 14:1b y 6-7). El desenlace de la historia es que el Señor hizo algo por ellos y les dio una gran victoria contra todas las posibilidades.

Tome nota de la situación: Estaban frente a un número superior de hombres y de armas, pero no a hombres superiores. Las armas y los números no son siempre tan cruciales. El factor determinante estaba en un buen líder. Jonatán y su escudero fueron oizados porque tenían confianza en Dios. Proverbios 28:1 dice que "el impío huye sin que nadie lo persiga; mas el justo está confiado como un león." El liderazgo de un hombre se mide por la calidad del compromiso de sus seguidores. Sólo se requiere uno totalmente comprometido (Qué responsabilidad más tremenda la de los líderes). Muchos que se dicen ser líderes no tendrían quienes los siguieran si la adversidad golpeará sus causas.

Una vez comprometido a luchar, Jonatán permitió que Dios tomara la iniciativa y le diera la victoria. Cuando la victoria fue certera, los cobardes, los que se habían echado para atrás, y los apóstatas regresaron para unirse en la operación de limpieza. El valor de Jonatán hizo que todos los israelitas se vieran bien. El líder es quien saca lo mejor o lo peor de la gente.

No sólo debemos de ser guiados, sino que se requerirá que cada uno sea un líder en su propia esfera de influencia. Un líder debe de producir líderes. Jesús lo hizo escogiendo a hombres muy corrientes, haciendo de sus seguidores hombres de valor, de carácter y productivos. Estas son las características que dan influencia; y la influencia es una forma de liderazgo.

Hay muchas excusas para no ocupar lugares de liderazgo. Unos tienen problemas que les impiden verse como líderes. No es necesario aspirar a ser guías de nadie o de sentirnos calificados para serlo. Lo que se necesita es que seamos todo lo que Dios

espera de nosotros. Entonces él nos pondrá, si lo desea, en un lugar de liderazgo. Moisés se excusó diciendo que no podía hablar. Isaías, que no era digno. Jeremías, con que era demasiado joven y Ezequiel, que nadie lo escucharía. Pero todos vencieron sus impedimentos y se convirtieron en grandes líderes.

¿Qué constituye a un líder?

Sin pretender agotar el tema, voy a sugerir ciertas cualidades esenciales para el liderazgo. Los verdaderos líderes son hechos a mano y no producidos en una línea de ensamblaje. Generalmente son forjados en el horno de la adversidad y no en el regazo de la holgura.

Tomé a Daniel por ejemplo. Vino a Babilonia como esclavo y pronto se convirtió en el presidente. Su jefe cayó del poder, pero él no. El siguiente rey lo retuvo en su puesto. Leemos en Daniel 11: 32: "... el pueblo que conoce a Dios se esforzará y actuará." En tiempos de caos, de transición y de crisis, conocer a Dios personalmente puede llegar a ser el fundamento para el liderazgo. El que conoce a Dios sabe de sus propósitos y plan para llevarlos a cabo. En él también encontramos los recursos espirituales para destruir los yugos del miedo, la timidez y la incredulidad. En Dios encontramos las palabras que producen un sonido cierto que da confianza. "Los que conocen a su Dios se esforzarán y actuarán."

El segundo atributo es consecuencia del primero. Conocer a Dios produce un corazón recto; y la pureza interna es un requisito para un liderazgo sano. "Cuando los justos dominan, el pueblo se alegra; mas cuando domina el impío, el pueblo gime" (Pr. 29:2). Muchos líderes comienzan su jornada y cuando su autoridad crece, se descubre que sus motivos no eran buenos. Uno puede conocer a Dios sin descubrirse a sí mismo. Esto le sucedió a hombres como Moisés, Elías y los apóstoles. Nadie está preparado para guiar si no ha descubierto su debilidad en la presencia de Dios y no le importe quién guíe, mientras haya liderazgo.

Las primeras dos son preparación para la tercera cualidad. Conocer a Dios produce un corazón recto y eso nos prepara para ser ungidos por el Espíritu Santo. Este poder recibido es la gracia que conduce al éxito a los seguidores llamados por Dios y la que derrota a los enemigos. En el Antiguo Testamento, los líderes, los reyes y los sacerdotes eran ungidos con aceite. Era una proclamación de la presencia del Espíritu Santo en ellos

que les daba poder para conducir al pueblo de Dios. En el Nuevo Testamento, Dios ha derramado su Espíritu Santo sobre todos los que lo han pedido porque quiere que seamos una nación de reyes, sacerdotes y líderes.

Toda la Iglesia debe de ser investida con el poder de Dios y llena del carisma necesario en el liderazgo. El factor solitario más evidente en la iglesia moderna, comparada con la iglesia primitiva, es la falta de unción del Espíritu Santo en su proclamación, programas y congregación. El poder sobrenatural es esencial para derrotar una oposición sobrenatural.

Estos tres atributos todavía hacen surgir otros. El poder del Espíritu Santo produce una confianza y un valor sobrenaturales. En el primer capítulo de Josué, este líder es amonestado cuatro veces a tener valor y confianza. La impresión es que Josué habría de vencer grandes dificultades. Cualquier líder que se acobarda llevará a sus seguidores a la muerte. Todo obstáculo puede ser vencido con la ayuda de Dios, pero existe muy poca evidencia que Dios ayude a los cobardes. La cobardía es una característica que no viene de Dios y se asemeja al homicidio, la mentira, el adulterio y la hechicería (Ap. 21:8).

El verdadero liderazgo nace de un amor genuino por aquellos que seguirán.

Se podría decir mucho sobre otros atributos como la compasión, la visión y la sabiduría. El verdadero liderazgo nace de un amor genuino por aquellos que seguirán. El interés por el bienestar de la gente hace que un líder se adelante para servir aunque eso le cueste el afecto de la gente. Ay de aquellos que son guiados por alguien que sólo se ama a sí mismo. La gente nunca debe ser usada sólo para alcanzar una causa. Dios nos amó tanto que se entregó a sí mismo; amémonos unos a otros.

La visión también es un atributo para el liderazgo. "¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego?"

¿No caerán ambos en un hoyo?” (Lc. 6:39). Sin visión progresiva el pueblo languidece y perece (vea Proverbios 29:18). Debemos estar agradecidos por nuestros antepasados, pero no podemos existir de su pan y su visión. ¿Dónde está la visión del propósito de Dios para esta generación? Los que la encuentren serán los líderes del pueblo de Dios.

¿Qué podríamos decir de la necesidad de sabiduría? Las Escrituras dicen que es algo principal. Nada se compara con ella. Por ella fueron formados los mundos (Pr. 8:27-30) y la casa es edificada y llena de todo bien preciado y agradable (Pr. 24:3-4). La oración pidiendo sabiduría es el incienso constante que asciende del corazón de todo verdadero líder.

Estas cualidades son apropiadas muy raras veces por líderes solitarios desde sus pedestales. Son producidos generalmente en la multitud de consejeros y en la disciplina de la comisión.

Hace un tiempo, mi familia y yo estábamos en California donde debía ministrar. Después de las reuniones alquilé un automóvil para trasladarnos al Aeropuerto Internacional de Los Angeles. Aunque nunca había hecho ese recorrido antes, tenía buenas indicaciones de donde estaba y suficiente tiempo si llegaba a necesitarlo.

Crecí en el campo y enfrentarme a las supercarreteras con seis carriles de tráfico representa una ardua tarea para mí. Desesperadamente intenté leer el mapa y hacer las salidas correctas sin que la corriente de vehículos me arrastrara, pero cuando me di cuenta ya había pasado el área central de Los Angeles y el aeropuerto había quedado bien atrás. Tomé la siguiente salida y mientras esperaba la luz verde, le pregunté al conductor del auto parado a la par dónde estaba el aeropuerto.

“Vuelva a la autopista rumbo al sur; tome la próxima carretera a la derecha...”

Para entonces, la luz cambió y el auto de al lado se adelantó.

“¡No se puede perder!”, gritó el conductor mientras lo veía alejarse.

Ahora íbamos rumbo al sur y todavía teníamos tiempo de llegar. Doblé a la derecha como me lo había indicado y creo que íbamos hacia el suroeste. Estaba oscureciendo y me detuve en una estación de gasolina para preguntar dónde estaba el aeropuerto. El operador me respondió en español.

Por un momento sentí pánico creyendo que estaba en México. Allí nadie me ayudaría. Si sólo pudiera ver los aviones en el aire, tal vez tendría

alguna idea de dónde estaba el aeropuerto, pensé. Pero descubrí que es casi imposible seguir aeroplanos mientras se viaja en las autopistas de Los Angeles.

El tiempo se estaba acabando y todavía no sabía donde estábamos. Mi familia estaba confiando en mi liderazgo y yo estaba perdido. Con verdadera humildad y desesperación le pregunté a otro motorista detenido frente a otra luz roja:

“¿Me puede indicar dónde está el aeropuerto internacional de Los Angeles? Estoy perdido y estamos retrasados para tomar nuestro vuelo.”

“¡Sígueme!”, me gritó, sobre el ruido del tráfico.

“¡Alabado sea Dios!”, exclamé, en voz alta. “Nos va a *mostrar el camino*.”

Me pegué a su defensa trasera como con goma. Cuando él doblaba, yo doblaba. El aceleraba, y yo también. Por supuesto que la idea cruzó por mi mente más de una vez: “¿Y si estuviera perdido él también?” Pero tenía que confiar en alguien. Había confiado en mi propio conocimiento con muy malos resultados. Finalmente distinguimos el aeropuerto. Nuestro benefactor apuntó a la puerta de entrada, nos dio un saludo con la mano y se fue. ¡Qué agradecido estaba por su bondad! Se había desviado varias millas de su curso para ayudarnos. Entonces pensé en lo mucho que el mundo necesita que alguien le *muestre el camino*.

“¡No te puedes perder!”, dicen muchos, pero tantos sí se pierden.

El verdadero líder muestra el camino a un lugar donde él ha estado antes. El verdadero liderazgo es más que un mapa: es un guía que conoce el camino.

**El verdadero liderazgo
es más que un mapa:
es un guía
que conoce el camino.**

Tomado de *New Wine*, Marzo 1976

SETIEMBRE/OCTUBRE 1983



Diseñados para alabanza de su gloria

Por Jaime Darío Atehortúa

“Nos escogió en el Unigénito antes de la fundación del mundo, para que fuésemos apartados para él (santos) y sin contaminaciones (sin mancha) delante de El” (Efesios 1:4)

Y para que pudiésemos ser santos, apartados para él y desprovistos de contaminaciones a fin de presentarnos ante Dios sin mancha “como una esposa ataviada para su marido” y lograr tener parte y arte en las “bodas del Cordero”,

”nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito...” (Efesios 1:9).
nos abrió la cortina que dejó al desnudo el misterio que estaba cerrado; nos hizo partícipes del tesoro de su voluntad al darnos a conocer la salvación en Cristo, y nos partió su propósito como se parte el pan en la mesa y nos lo dio a comer...

”a fin de que seamos para alabanza de su gloria” (Efesios 1:12).

Jaime Darío Atehortúa es pastor de la Iglesia Bíblica de Curridabat, Costa Rica, y colaborador del folleto noticioso “Entre Nos”.

Cuando hablamos de diseño, estamos penetrando el idioma de los arquitectos, ingenieros, albañiles, escultores, maestros de obra, pintores, modistas y artífices en general. No estamos usando una palabra particular de un gremio, sino una que puede brillar casi como un sol a la vista de todos.

Un diseño es el trazo profesional, sabio y concienzudo de una obra; es la tarea administrativa que realiza el artista antes de hacer su obra; es inversión talentosa a través de la cual el artista logra utilizar al máximo el espacio disponible en su obra; es la maduración del proyecto a fin de establecer el tiempo que pueda durar la obra, y los recursos a utilizar dentro de la obra que va a ser realizada. Es una frase lacónica: *el diseño es la obra antes de la obra.*

Dios nos había bosquejado para alabanza de su

gloria aun antes que su gloria fuese manifestada y aun antes que nosotros como seres vivos y pensantes apareciésemos sobre la faz de la tierra. Si usásemos el lenguaje de los relojeros podríamos decir: “nos dio cuerda antes de ponernos a andar.” Dios cumplió el principio humano de la paternidad responsable: “pensó en nosotros antes de crearnos; se hizo responsable por nosotros antes que viésemos la luz de la vida.” Dios había pensado en nosotros antes que nosotros mismos pensásemos en nosotros o en él.

Cuando el arquitecto va a construir una residencia, un edificio, lo primero que hace es verificar las medidas; Dios nos midió en su Hijo antes de la fundación del mundo; nos midió en amor, en justicia, en perdón y en adopción con el metro de la entrega total y definitiva de Cristo. Después de la medida, el arquitecto limpia el terreno, lo empareja, lo nivela. Dios nos limpió aún antes del derramamiento de la sangre de Cristo en la Cruz, pues en su plan infinito ya “el cordero había sido inmolado, separado para el sacrificio” (Apocalipsis 13:8) nos emparejó por medio de la reconciliación, y nos niveló concediéndonos el derecho de ser llamados hijos (Juan 1:12).

Después de las medidas corroboradas con el dato legal, y luego de emparejar el terreno, el arquitecto se plantea el para qué de la obra a fin de determinar cómo debe acomodar cada aposento para que responda a ese fin. El arquitecto no trabaja a base de accidentes; no hace correcciones según vayan saliendo las cosas. No, ni arquitectos ni ingenieros trabajan tan a “golpe de tambor.” Ellos ya tienen un plan establecido y los albañiles tienen que sujetarse al diseño; nunca el diseño al capricho de los ladrillos o de los ladrilleros. Si un arquitecto trabajase con base a lo circunstancial, podría darse el caso que la cocina quedase en la pura entrada como indicando que a esa casa se entra comiendo, y todo por falta de planeamiento. No, nunca se trabaja basado en accidentes; los accidentes son la negación del diseño. Dios no tuvo que cambiar sus planes por el fracaso de Adán y Eva; él no corrigió las cosas mandando un diluvio porque vio el error cometido y trató de alterar su propósito. No, él ya tenía listo su diseño para el hombre a manera de propósito inquebrantable. Dios no alteró su propósito cuando después del fallido intento por perfeccionar la raza humana después del diluvio, descubrió la maldad de los hombres. No, no debió alterar su propósito cuando los babelitas llenos de arrogancia

desafiaban la ira divina con una torre de 30 a 50 metros. No, él no debió idear la confusión de las lenguas como un recurso de “última instancia.” Dios tenía un propósito para el hombre. Lo que ha ocurrido es que el hombre, usando su libre albedrío, procura alejarse “a toda velocidad” del diseño divino... Dios nos había ordenado en Cristo antes de tomar barro y concretar su diseño para alabanza de la gloria divina.

El Soberano de la Tierra nos había seleccionado en amor vivo, esto es en Cristo, antes que este paraje del universo comenzase su orbitar en torno al sol; ya teníamos ciudadanía en Cristo antes de aparecer como ciudadanos del mundo en la villa del Paraíso en la provincia del Edén.

Habíamos sido diseñados en el glorioso pensamiento de Dios para que fuésemos santos; habíamos sido separados de nosotros mismos, de nuestros apetitos egoístas y de nuestro provecho personal como propósito final, y habíamos sido seleccionados como vasos escogidos para soportar alabanza de la gloria divina... “antes que nacieras te escogí, y antes que te formases te conocí” (Jeremías 1:5). Hemos sido administrados por Dios antes de la creación para que nuestro pensamiento, nuestro conocimiento, nuestros sentimientos; el lenguaje, el gusto, los impulsos, los recuerdos; nuestras acciones, actividades, nuestra familia, nuestro trabajo y todo nuestro ser... *fuese para alabanza de su gloria...*

Amados, no hemos sido diseñados para triunfar sobre los demás, ni para que se nos rinda pleitesía; no hemos sido diseñados para que Dios acomode su propósito en nuestro beneficio, sino para que acomodemos todo lo nuestro hacia la realización del propósito divino. Somos parte del propósito divino. Por eso somos la obra pensada desde antes de la creación, somos la obra separada, la obra comprada con el más alto precio, y... la obra adquirida como nación santa... somos, pues, para alabanza de la gloria divina... Diseñados para llenarlo todo del más noble, sincero y profundo tributo de admiración, gratitud, servicio y vivas a la expresión tangible de la personalidad de Dios en Cristo... “Por lo cual lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua lo confiese como Señor.” (Fil. 2:9-11).

El fracaso del hombre es una relación de mandato y desobediencia. El Hombre ha equivocado el propósito de Dios y ha optado por su propio

arbitrio, lo que lo ha llevado a tergiversar el propósito divino; los seres humanos, en su mayoría invierten el quehacer divino hacia el quehacer humano; en lugar de sujetarse a Dios sujetan a Dios bajo sus pies; cambian la gloria divina por la gloria humana; no se dan cuenta que Dios no puede ser gobernado por el hombre, pues el hombre no tiene gloria, sino sombra que oculta la verdadera gloria del Creador. El hombre reluce cuando tiene la luz de Dios en sí mismo, de lo contrario, se opaca y tiende a pervertirse.

1

Veamos qué quiere decir la frase: “A fin de que seamos para alabanza de la gloria divina”:

La palabra clave aquí es: Gloria divina. La Biblia nos da a entender que la gloria divina es la expresión de la personalidad de Dios en todas las cosas. Dios se expresa en sus obras sin quedar atrapado en ellas, pero dándoles una huella especial que las realza. “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas...” (Romanos 1:20). Dios se expresa en su Palabra Escrita, la cual por el cumplimiento de las profecías y el esplendor de sus promesas queda convertida en Palabra de Dios. El Señor se expresa por su Espíritu Santo y sus diferentes acciones en la Iglesia, pero con mayor exactitud y fulgor, la gloria de Dios como expresión de su personalidad se da en Cristo.

A través de su gloria, Dios manifiesta lo que es: Alfa y Omega, principio y fin; no que él sea el primero y el último, pues él mismo no tiene principio ni final, sino que él es la causa de todo lo existente; sin él nada tiene sentido porque sólo en Dios el universo ha llegado a ser lo que es. El Ser da origen a lo que existe. Por eso decimos que Dios no existe, sino que es. Lo que existe es resultado de la acción del que es. Al hacer lo que existe, Dios refleja en ello lo que él mismo es.

Por esta razón, el hombre como resultado de la acción de Dios, no puede conocer a Dios, ni tampoco puede encontrarlo, porque el diseño no puede conocer a su arquitecto, ni el pincel a su artífice. Como el hombre por limitado no puede conocer ni encontrar a Dios, Dios toma la iniciativa

y le sale al paso al hombre; se nos descubre a través de su gloria, es decir, a través de la expresión de su personalidad. El Señor se nos da para que nos llenemos de él y le podamos conocer; se nos da poco a poco... esta es la idea que desarrolla San Pablo al ir de rudimentos a vianda. Porque es Dios quien se nos revela, toda la tierra será llena del conocimiento de Dios y de su gloria así como las aguas llenan la mar (Habacuc 2:14). Notemos que la tierra será llena de Dios y no Dios del conocimiento humano, ni de los pormenores de la tierra; es la tierra y todo lo que en ella hay que será plenamente saturada de la gloria divina.

En forma práctica: cuando Dios se da a conocer, él llena aquello a lo cual se le ha mostrado. Fue por eso que el mar Rojo se abrió al impacto de la expresión de la personalidad divina en cuanto a su poder; la roca, dura e inerte se vio tan llena que abrió sus entrañas y dejó escapar agua; la zarza no pudo abstraerse y fue revestida de fuego purificador sin consumirse; el aire mismo en su frialdad matinal se transformó en maná; la tempestad se calmó al toque de la vibración sonora de la voz de Jesús, y el río Nilo fue herido como soldado en guerra ante el toque de la gloria divina en la vara de Aarón.

2

La dádiva humana y la Dádiva divina

Cuando los seres humanos damos, extendemos posesiones extraídas de la misma naturaleza física, pero no nos damos a nosotros mismos. Quizás la única forma en que podríamos dar de nosotros mismos es el pensamiento verbal o impreso, aunque en el fondo quedamos intactos y las cosas a las que va dirigido nuestro pensamiento o nuestra palabra pueden recibir o no lo que le damos. Nuestro dar es muy limitado porque nosotros mismos somos limitados y las cosas y seres que nos rodean son también limitados. Dios, en cambio, por la inmensa amplitud de su ser, que es ilimitado, le imprime a las cosas un algo, llamado gloria, que las hace diferentes. Dios penetra en las cosas y las llena de su sello; les imprime espíritu, vida, movimiento, sentido, valor, plenitud divina. La dádiva humana es corta como su existencia, en tanto que la

divina cumple en sí misma el salmo 19:1: "Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos."

La nota mayor de la dádiva divina es que El mismo se nos dio en Jesucristo y por eso nos llena de vida, de su Espíritu. La gloria divina es la proyección viva de su ser en las cosas. Una lámpara ilumina sin traer la atención sobre sí misma, sino sobre las cosas iluminadas. Podríamos decir que la lámpara da su gloria, expresa su esencia iluminando todo y otorgándole con su luz forma, color, sentido. Cristo Jesús es la lámpara divina. El es la Luz del mundo; él nos llena de la luz divina y nos imprime el sello de reconocimiento sincero, profundo y noble a Dios; nos hace aptos para alabar, para expresar gratitud al Señor.

Hemos sido diseñados para alabanza de la gloria divina que se hace perceptible, conocible y aprehensible en Cristo Jesús. Cristo es, pues, la gloria divina; es Dios al alcance de la mano del hombre. Por eso Pablo no tuvo ambaje en afirmar: "El es la imagen visible del Dios invisible," la fiel expresión de la personalidad del Creador (Colosenses 1: 15); toda la tierra: pueblos, naciones y lenguas a una le alabaremos; le rendiremos tributo de admiración, gratitud y vivas a Jesús como la humanización de la divinidad; estamos llamados a engrandecer a Dios dándole loor a su gloria viva: Cristo Jesús. Es por eso que en Cristo está escondido el conocimiento del Altísimo y en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad (Colosenses 2:3 y Colosenses 2:9). Con sobrada razón el propósito final para la creación es de ser reunida en Cristo Jesús en la dispensación del cumplimiento de los tiempos; todo lo que está en el cielo, en la tierra y aun debajo de la tierra seremos reunidos en Cristo Jesús.

3

¿Cómo podemos ser alabanza de la gloria divina?

Cuatro son los principios generales para llegar al cumplimiento del diseño que somos para alabanza de la gloria divina:

1. Aceptando el señorío de Cristo sobre nosotros. Esto quiere decir que le confiamos a él, voluntariamente, la administración de nuestra vida. Tal confiarle, demanda la renuncia total y definitiva de lo nuestro como objetivo, y

la escogencia de lo divino llega a ser apetencia fundamental en nosotros. Esto no quiere decir que de ahora en adelante vamos a ser haraganes para que Dios vea qué hace con nosotros. ¡No! Ahora activamos con máxima potencia para dar honor a Dios; ahora, en lugar de decir: "Haré esto, haré aquello," decimos: "Señor, haz en mí tu voluntad; si esto te enaltece: prospéralo. Si no, ¡derríbalo!" es asumir la sentencia: "Y todo lo que hagáis, hacedlo en el nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él" (Col. 3:17).

2. Apartarse del pecado y del viejo hombre que está pegado a nuestra personalidad como un muerto. Si hemos sido comprados por Cristo, ¡no arrastremos más nuestro muerto! "Nos escogió para que fuésemos santos," esto es: apartados para él. Este apartarse no es asunto automático, sino que va de la mano con tomar la cruz e ir en pos de Jesús. No es la cruz de los problemas diarios, pues tal avalancha de complicaciones no es cruz, no es sacrificio, sino el resultante lógico de lo que hemos sembrado. Mucha gente ha entendido mal eso de llevar la cruz. Hay un hermano que va por los países con una cruz a cuestas y enseña a todos las heridas que le causa para llamar la atención acerca del enorme sacrificio hecho por Cristo en la Cruz. Este hermano hace esto porque ha creído en un llamamiento al ministerio profético como en el Antiguo Testamento, y está dramatizando el mensaje. Nosotros no aprobamos o desaprobamos eso, sólo que la cruz definida por Jesús en Lucas 14:27 no se refería a palos labrados o ásperos, ni a problemas diarios. Jesús tenía muchos problemas:

a) Sus hermanos no creían en él; b) Los discípulos eran hombres ambigüos: Pedro, con doblez de ánimo; Tomás, muy incrédulo; Juan y Santiago, queriendo ocupar una curul en la corte celestial; Mateo como publicano y Simón el cananista como revolucionario judío, podrían, en cualquier momento sacar sus antagonismos, sobre todo cuando disputaban acerca de quién sería el mayor entre ellos; c) Los fariseos y saduceos querían matarlo antes que él cumpliera su cometido de morir en la cruz; d) Un pueblo lo seguía tratando de estar presente cuando multiplicara otra vez el pan, o convirtiera el río Jordán en vino. A lo mejor creían que la promesa de "tierra que fluye leche y miel" era literal y ellos seguían para ver las piedras convertirse en lecherías. Jesús tenía muchos problemas diarios, pero él sabía que la cruz no era eso. Eso era cualquier cosa. Nuestra cruz es la obediencia

cia diaria al Señor. En la medida en que obedezcamos, superaremos el "añejo caballero" o la "arcaica dama" que llevamos dentro. Eso sí que es cruz. La psicología trata de sacar ese viejo hombre por psicoanálisis en Freud; por la neurosis del vacío en Young; por las transacciones en la revolucionaria técnica de Erick Berne. La Psicoterapia de Jesús la saca por la obediencia y la sujeción. ¡Basta de chineos al ego! ¡Basta de acariciar nuestro enfermizo "caballerito" o "mujercita" que se rebela contra los preceptos de Dios y nos lleva a darnos gusto aunque ello represente el disgusto del Señor! Este apartarnos nos corresponde. Es lo que Pablo afirma en Efesios 4:22-32 con especialidad en los versos 22-24 con verbos activos: despojáos, renovaos, vestíos. Tú y yo tenemos que apartarnos del pecado luchando contra nosotros mismos. No, esa lucha no la hace el demonio... a menos que demonio sea nuestro segundo apellido. Se dice que cien varas abajo estaba el diablo llorando porque todos los cristianos le echaban a él la culpa de sus errores, y decía: "esa es una injusticia." Vencernos a nosotros mismos es obedecer a Dios, y esto da alabanza a quien se venció a sí mismo para darnos su triunfo: Cristo Jesús. Por eso dice: "Aprended de mí."

3. Descontaminarnos de lo pasajero y de lo que no glorifica al Señor. Malas juntas, pensamientos indecorosos (morbosos) y llenos de injusticia; sistemas con trampas y explotación a los demás como los melodramas, los sutiles chantajes caseros, los escandalosos chantajes públicos; lenguaje de queja; largas oraciones de peticiones que convierten a Dios en limosnero a nuestro favor; chantaje a la divinidad como es enojarnos cuando no recibimos lo que pedimos. Todo esto contamina nuestro ser. Hay muchas acciones, actitudes, costumbres sociales como cigarrillo, alcohol, "canitas al aire," juegos de azar, y cientos de sueños despiertos que nos contaminan y no permiten que la justicia de Dios actúe en nosotros. No se trata de un neomoralismo, sino de una nueva vida hasta llegar a la estatura de Cristo. El tuvo todo el derecho de hacerle el juego social a los vicios de su época, o de tirarse una "canita al aire." No faltó quien se lo sugiriera: "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de NUESTRAS DEBILIDADES, sino uno QUE FUE TENTADO EN TODO SEGUN NUESTRA SEMEJANZA, pero sin pecado" (Hebreos 4:15); sin embargo, él,

quizás afirmando el pensamiento de Pablo: "Todo me es lícito, pero no todo conviene," afirmó su rostro hacia Jerusalén y dijo: "No mi voluntad, sino la tuya." No sé cómo a veces somos tan necios que teniendo dueño, queremos seguir siendo nuestros y nos concedemos ciertas contaminaciones dizque aduciendo de liberales. Quizás no seamos liberales, sino libertinos moderados. Si hemos sido diseñados para alabanza de su gloria, ¿Dónde queda el diseño de honor propio como gloria a qué aferrarnos? ¡Seguro se va al suelo! Hemos sido comprados por precio. ¡Seamos consecuentes a ese pago y hagamos lo que a él le beneficia. Si luchamos por chineos propios, estaremos demostrando que no hemos aceptado el pago que se hizo por nosotros... estaremos siendo rebeldes e injustos porque nuestro deber es obedecer a aquel que nos compró con su TOTAL VIDA LICUADA EN LA CRUZ CON JUGO CELESTIAL EN SU SANGRE! De Dios no nos podemos esconder, ni a él le haremos trampa. Quizás consideremos que las contaminaciones son nuestro derecho particular, pero Dios que todo lo sabe, desmentirá nuestro argumento con el suyo en Cristo. Allí será el lloro y el crujir de dientes y vergüenza sobre vergüenza porque cuando hubo oportunidad de no pasar vergüenza, hicimos lo malo ante sus ojos aunque los demás seres humanos no se dieron cuenta...

4. Penetrar más en la persona de Cristo dejándonos guiar por el Espíritu Santo.

Más humillación ante Dios, menos amor propio;

Más oración en alabanza, menos quejabanza;

Más gloria a Dios, menos petición;

Más dejarle actuar a El desde nosotros, menos hacerle actuar a favor de nosotros;

Más búsqueda de verdad en Jesús, menos vida de mentiras en nuestro ego.

Solo penetrando en Cristo de la mano del Espíritu Santo seremos verdadero diseño para tributo de admiración, respeto, servicio y ministración de la expresión profunda de la personalidad de Dios en Cristo Jesús.

Seremos entonces:

Sacerdotes del Altísimo; Pueblo adquirido para alabanza del Rey; Soldados que pregonan la victoria de Cristo aunque todavía suene metralla; Iglesia que, aunque peregrina, deja huella de amor y siembra la tierra de la semilla divina.

Reproducido con el permiso del autor.

¿POR QUIEN VOTA USTED?

Por Juan S. Boonstra



“Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que a César.” Juan 19:15

“Los predicadores del evangelio no deben hablar de política.”

Este concepto está muy en boga y se critica severamente a quien se atreva a mencionar nombres o ideas concretas que estén relacionadas con las cosas públicas. Uno puede ciertamente orar por los funcionarios de gobierno y por los que se postulan para esas empresas pero no se debe favorecer una opinión sobre otra ni respaldar a un candidato a expensas de otro.

¿Qué dirían los profetas del Antiguo Testamento a esta costumbre tan popular hoy en día? ¿Puede imaginarse usted un profeta de aquellos que temerariamente se presentaban ante el todopoderoso

rey, lo señalaban con el dedo y le decían: “Tú eres el hombre”? ¿No se presentó Juan el Bautista ante el rey Herodes y lo condenó por tener una mujer ilegal? ¿No hablaron Pedro y Pablo con y en contra de algunos funcionarios de su mundo? ¿Qué diría esa santísima gente si oyeran ese clamor moderno de que los púlpitos no deben meterse en política ni los predicadores deben hablar de cosas que no les corresponden? ¿No sabía usted que las mejores formas conocidas de gobierno tienen sus raíces en la histórica fe cristiana y sus estupendas enseñanzas? ¿Es que no se debe hacer saber a la gente lo que les conviene?

Tal vez sea cosa muy sabia eso de “no meterse en política” pero no puede uno claudicar en sus responsabilidades ante los pueblos de la tierra a quienes se proclama el potente mensaje de Dios. Tal vez usted jamás ha participado o no piensa participar en elección alguna, pero ¿qué elige usted para su vida, su patria y su futuro? Es curioso que el crimen más horrendo de la historia fue el resultado de una elección. Había dos candidatos. Uno de ellos era el Hijo de Dios; el otro era un revolucionario que se llamaba Barrabás. El pueblo eligió al criminal y el candidato opositor fue enviado a la cruz. ¡El electorado demandó su muerte! Por intermedio de sus líderes y representantes eligieron que se crucificara a Jesús y se soltara a Barrabás. Este era su grito inconfundible: ¡Afuera con Dios!

Esto había comenzado mucho antes. El pueblo de Dios, privilegiado en sus formas de gobierno y en sus sapientísimas leyes, se dirige a Dios y le pide un rey. Hasta ese momento había vivido bajo la tutela santa de Dios que es la esencia de la libertad pura e inmaculada. Cualquier otra forma de gobierno aparte de esa es hasta cierto punto un poquito de esclavitud. Pero aquel pueblo exigió tener un rey y ser como los demás pueblos de la tierra. Dios les advirtió de los peligros de esa senda, quiso convencerlos que no deberían seguir ese camino, pero ellos tercamente insistieron y Dios les dio su primer rey. Su reinado fue un verdadero desastre, político, económico y social. Sus sucesores no fueron mejores. Algunos de ellos pintaron cuadros verdaderamente vergonzosos y mancharon el lienzo de la historia. Y la culminación de esa degeneración tomó lugar en los recintos de Poncio Pilato. En aquella sala insolente el pueblo enfurecido hizo de nuevo su elección. Pilato les ofreció poner en libertad al Hijo de Dios, el redentor de sus vidas, el gran libertador. Pero ante la mirada

asombrada de todo el mundo, aquellos endurecidos de corazón rechazaron tal privilegio, sellando su veredicto con estas palabras: "No tenemos más rey que a César." ¿Oyó bien usted? Esto marcó el fin de algo muy especial en el mundo; la nación no quiso ser gobernada por Dios. Uno de sus reyes quiso matar al niño Jesús y cuando Pilato preguntó al pueblo qué debía hacer con Jesús, gritaron como salvajes: "¡Crucifícale!". Hasta estuvieron dispuestos a hacerse completamente responsables de su mísero acto porque esto es lo que le dijeron al goberandor romano: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos."

Tal vez crea usted que estas afirmaciones poco tengan de contemporáneas; y que con su situación nada tienen que ver. Usted no está en contra de Dios; pero recuerde que tampoco estaban en contra de Dios aquellos ciudadanos de antaño que pidieron un rey, rechazando lo que Dios les había dado. Jamás creyeron que lo que pedían terminaría donde terminó.

Jamás creyeron que sus descendientes irían a parar al recinto de Pilato para exigir la sangre del Hijo de Dios, y elegir en su lugar la vida sediciosa y criminal de un Barrabás. Pero eso fue precisamente lo que ocurrió: ¡Afuera con Dios!

¿No cree usted que esto es lo que está ocurriendo a veces en este siglo maravilloso? ¿No oye usted acaso los gritos desesperados de quienes quieren crucificar al Rey de reyes y Señor de señores? ¿No oye usted los gritos exigentes de aquellos que quieren crucificar al Cristo y desecharlo para verse libres y hacer lo que les venga en gana? ¿Exclama usted mismo, como aquellas multitudes de los días de Jesús que no tiene más rey que César? ¿César? ¿Eso es todo? ¿Afuera con Dios?

Es cosa muy triste cuando la ciudadanía, oficial y extraoficialmente rechaza el imperio de Cristo y promete adhesión solamente al César. ¿Como si se pudiese dejar a Dios fuera de todo esto! ¿Cree usted que Dios le permitirá a usted y a sus congéneres que lo echen y lo dejen fuera del teatro de acción? Parece como que los pueblos dependen cada vez más de sus gobiernos y menos de Dios; parece que el materialismo se apodera de los espíritus y mentes y los domina con ferocidad y lo único espiritual que pueden decir es: ¡Afuera con Dios!

Otros sistemas tienen muchas cosas pero no tienen a Dios, y sin Dios aún los sistemas más bonitos y mejor estructurados están destinados al fracaso y a la ruina. Puede no parecer así por el momento, pero no olvide usted esta gran verdad:

Dios no puede ser burlado; lo que el hombre sembrare, eso también segará. Dios puede tener enorme paciencia con sus criaturas pero cuando llegue la hora de sus juicios, usted descubrirá que estos son tan enormes como fue su paciencia.

Hay naciones que oficialmente han aceptado poner a Dios de lado. Sólo tienen por rey al César; abiertamente declaran ¡Fuera con Dios! Pero lo mismo ocurre a nivel personal: cada uno es puesto en las salas de Pilato y cada uno debe responder a aquella situación: el Barrabás que representa al mundo y al pecado y el egoísmo y lo humano, por un lado; y el Cristo con corona de espinas por el otro. ¡Esa es la elección más importante de la vida entera. ¡Una elección que todos deben de hacer!

Hay momentos en el quehacer nacional en los que se requiere arrepentimiento. El hombre tontamente abandona el sendero de justicia y de vida y anda por los caminos de perdición y vanidad. Por eso Dios lo llama a la reflexión; trata de despertar su conciencia; quiere sacarlo de su modorra. Para ello envía sus fidelísimos profetas con palabras cortantes y con palabras de tierna invitación. Es amor, amor puro y genuino. A menos que el hombre se arrepienta de sus errores y se vuelque de nuevo al Dios de quien quiere escaparse, la sociedad está destinada a peores realidades y más duras experiencias. Quien no se arrepiente de su equivocada conducta se pone del lado de quienes votan en contra de Dios: añaden su voz a las de las multitudes que gritan: ¡Afuera con Dios!

Si las naciones dejan afuera a Dios y siguen confesando que solo tienen a César por rey, la estabilidad, y la seguridad y el bienestar y la paz de tales naciones están colgadas de un finísimo hilo que puede romperse en cualquier momento. No puede una nación olvidarse enteramente de Dios y pretender que Dios no se olvide de ella. Del mismo modo, si el hombre deja a Dios fuera de consideración personal, si no atiende a su voz paternal, si desoye y, peor aún, desobedece el tierno llamado de Dios, también Dios lo dejará fuera de las puertas de su reino y, especialmente, de la eternidad que a todos espera.

La elección más decisiva toma lugar todos los días en la vida humana. Cada uno debe entrar en el recinto de Pilato y decidir. Allí están Jesucristo y el César. ¿Por quién vota usted?

Tomado de Luminar Bautista

LA ETICA DEL REINO

Por María Felicia Volio

Reproducido con permiso del libro "Confesión de un alma idólatra", publicado por Editorial Caribe.

Le sucedió un día que una hermana muy querida en el Señor, Grace Strachan de Roberts, me invitó a dar una charla en la Casa de la Mujer Cristiana. Me dice que se trata de un grupo numeroso de señoras cristianas que se han reunido durante una semana para un seminario, y me da el tema de la charla: "Pedagogía Cristiana". Grace sabe que durante muchos años di clases en colegios religiosos y diferentes centros y le parece que nadie mejor que yo puede tratar ese tema.

Con gran entusiasmo fui preparando la charla — anotaba mis esfuerzos y mi dedicación en todo momento, hacía ver cómo siempre me había preocupado por dar la mejor enseñanza, en la mejor forma y con las técnicas más modernas. Explicaba mi empeño por dar siempre un rato de orientación a los jóvenes y exponía algunos casos en los cuales había realizado actos realmente edificantes a favor de mis alumnas contando siempre, claro, "con la ayuda de Dios".

Llegó el día tan ansiado. Tengo todo listo y voy saliendo del dormitorio con la charla debajo del brazo, cuando en eso oigo una voz clara y tierna que me habla interiormente, pero me parece que fue, al mismo tiempo, desde afuera. La voz me dice: "Eso no..." Y yo contesto de inmediato: "¡Pero si ya lo tengo listo!" Mi esposo que estaba medio dormido, haciendo la siesta del mediodía, me dice asustado: "¿Qué pasa?" Yo le digo que acabo de oír una voz y que al instante supe lo que me quería decir. Y le cuento cómo en cuestión de segundos en el momento que reclamé, supe que el Señor no aceptaba mi testimonio tal como lo había

escrito. "En un instante, en un instante", repetía yo agitadamente feliz, "¡en un instante él me ha dicho!" Mi esposo no entendía, pero yo sí, y estaba profundamente emocionada. Me senté en la cama y le empecé a explicar: "El Señor me ha hecho ver, con esas dos palabras, que yo no fui realmente un ejemplo de profesora cristiana en mis trece años de profesora". Al decir esto, Eugenio se sienta de golpe en la cama y me dice: "¿Cómo es eso? Siempre te vi esforzándote al máximo, tratando de..."

"Pero no", le interrumpo. "El Señor dice que eso fue simple humanismo, que eso que hice lo pudo hacer cualquiera. Era esfuerzo humano, en la carne..."

Eugenio no entendía cómo con dos palabras: "eso no..." ya yo decía que el Señor me había dicho todo eso. Pero yo le aseguraba: "Es cierto, fueron dos palabras pero la explicación vino segundos... segundos después y es tan extensa que podría seguir diciéndote más sobre el asunto". A él se le hacía muy complicado ver cómo una persona podría estar de buena fe y dando todo lo humanamente posible, y sin embargo no estar actuando como cristiana. Pero yo sí lo entendía porque aquella semilla, expresada en dos palabras, había germinado, y dado fruto instantáneo.

Llegué a la Casa de la Mujer en feliz expectación. Me sentía como una niña a quien el papá le ha dicho: "Ahora, anda y diles lo que te expliqué". No conocía a la mayoría de las personas que formaban el público y por unos momentos, al llegarme el turno de hablar, sentí un poco de temor. ¿Por qué veía sus caras tan desanimadas? ¿Aceptarían lo que iba a decirles?

Lo primero que dije fue: "En el programa está

anunciado que debo hablarles del tema pedagogía cristiana... pero el Señor lo ha cambiado y me ha dicho que comparta con ustedes lo que él acaba de enseñarme. Por lo tanto el tema será mi confesión, confesión de cómo pude ser buena y esforzada en mis años de enseñanza, pero no necesariamente cristiana”.

El cambio en las caras ensombrecidas fue instantáneo. Más tarde iba a escuchar la razón: “¡Teníamos tanta pereza de oír su charla sobre pedagogía!”

Mi corazón se derramó en una confesión, sorpresa para el público y sobre todo para mí. Me escuchaba confesando vanidad. Les decía cómo una señora me había aconsejado hacer uso de mi apellido y de mi posición en sociedad para que “esas niñas pretensivas” no me hicieran leña. Este consejo me había sido muy útil ante todos los adolescentes que formaban generalmente mi alumnado. ¡Yo era “quien era” y nadie me iba a tratar como a una “empleada” ya porque estaba recibiendo un sueldo!

Confesé independencia. Confiando en mis estudios, mi habilidad en hablar el inglés y en las técnicas psicológicas, no me había acordado de que la fuente de Vida era el Señor.

Confesé mi religiosidad fundada en principios, ideales y regulaciones. Si bien era cierto que siempre apartaba un rato del período de clase para dar orientación moral y apoyo, esto lo hacía de mi propia iniciativa y contando únicamente con mis conocimientos.

Confesé mi soberbia. Si siempre sentía urgencia de dar fin a la enseñanza en un centro educativo para pasar a otro, era porque no aceptaba mis limitaciones y por eso huía. Huía de mí misma, de mi fracaso por no haber hecho lo “perfecto” y por no haber llenado las necesidades de todos mis alumnos. No era dios y lo sabía, pero no lo aceptaba.

Confesé mi falta de amor. Había simpatizado con mis alumnos, había pretendido ser la mejor maestra para ellos, me preocupaba tremendamente por enseñarles en la mejor forma y el máximo de eficacia, pero no recordaba haber orado por ellos. No había tomado cada nombre en la lista... para presentar las necesidades de cada cual al Señor.

Jesús tenía una ética muy diferente a la nuestra. Para él, lo humano era algo “natural” y no tenía mérito en su Reino. El sabe que la obsesión de una persona por “cumplir con su deber” es sínto-

ma de que tiene que probar su eficacia para no condenarse a sí misma. El sabe que nosotros queremos valernos por nosotros solos y que probamos con los hechos que él no es el Señor de nuestra vida.

La ética del reino de Dios es muy exigente. Lo vemos en estas palabras de Jesús: “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen otro tanto. Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente.”

Tuve ocasión de ser reprendida nuevamente y una vez más el Señor me dio una enseñanza íntima, muy personal y conmovedora.

El reverendo Sidney Goldfinch me puso a cargo de un grupo de niños de edad escolar, entre los nueve y los doce años. Se trataba de niños norteamericanos, cuyos padres vienen al país para aprender español en el Instituto de Idiomas. Don Sidney organizó un grupo de 15 niños durante el verano para que éstos recibieran lecciones de español. El lugar donde se daban las clases era una casa de habitación donde vivían los padres de dos alumnos.

El día en que don Sidney llegó en su microbús con los alumnos, me pidió una cosa: “Si no puede con estos dos varoncitos, avíseme y veré adónde los coloco.” En mi acostumbrada eficiencia resolví el problema en la siguiente forma: uno era mayor que todos los alumnos y ya sabía español. Pues, que uno se entretenga jugando con los juguetes o libros de los niños de la casa, y el menor se siente a escuchar la clase. El asunto me incomodaba pero no quería perder el dinero que recibía por aceptar estos dos niños.

Con el tiempo los dos, el grande y el pequeño, probaron ser un obstáculo para mantener la disciplina en su punto ideal.

Había tratado de quedar muy bien con los niños, puesto que eran hijos de personas cristianas, merecedoras de toda consideración, y no comprendía cómo unas cuantas niñas se estaban poniendo difíciles en clase, al extremo que las encontraba hasta groseras. Un día, era tal mi frustración, que me paré frente a la clase sin poder pronunciar palabra. Simplemente pensaba: esto se ha convertido en una situación triste y penosa... ¿qué hacer?

En eso escucho una voz suave, muy suave pero clara, que me dice: “Porque quien quiere edificar una torre, ¿no se sienta primero a calcular los gastos, y ve si tiene para acabarla?”

Todo el mensaje pasó por mi corazón. Y supe en esos momentos cuál había sido mi falta. Por no

perder veinticinco colones por cada niño semanalmente, yo había comprometido la disciplina de la clase. No había calculado si podía o no aceptar esos niños, simplemente lo había hecho. Los alumnos me miraban esperando. Yo estaba impresionada por lo que acababa de recibir... y sentí la necesidad de confesarme ante ellos. Les dije así: "Ustedes son niños cristianos y conocen la Palabra. Acabo de recibir palabra del Señor. Me ha dicho que hice mal en tomar a estos dos niños. Quiero pedirles perdón." Las tres niñas que me habían estado causando molestias en forma un poco maliciosa, empezaron a llorar. Una se levantó primero y me dice: "Yo también quiero pedirle perdón." Las otras dos hicieron lo mismo. La clase estaba embriagada de la presencia de Dios.

Hace meses no entro en una iglesia católica. ¿Habré dejado en el olvido todos aquellos años de ardiente devoción en este templo de San Pedro que en mi diario caminar veo todos los días?

¿No siente mi alma nostalgia de la misa, la liturgia, los mensajes del sacerdote, las ceremonias que tanto amé? ¿No se agita aun en mí el recuerdo de una religión fácil, de una piedad suave y dulce que envolvía cada día todo mi ser?

He aprendido a aceptar todo lo que soy, lo oscuro, lo claro que hay en mí. Acepto dudas, malos y buenos pensamientos, acepto mis buenas y malas intenciones, mis sentimientos que me hacen feliz y los que me turban. Todo eso soy yo, pero ahora Jesús vive en mí. A él se lo expongo todo. ¿No es él el Mesías?

"Yo he venido," dice Jesús, "a anunciar a los 'pobres' la Buena Nueva."

Yo ya me he declarado pobre.

"He venido," dice Jesús, "a proclamar la libertad a 'los cautivos'."

Yo ya —por su misericordia— he comprendido que estuve y en parte estoy todavía cautiva.

"He venido," dice Jesús, "para dar vista a los ciegos."

Cuán ciega he sido y todavía lo estoy.

"He venido," dice Jesús, "para dar libertad a los oprimidos."

¡He estado oprimida por tantos complejos, tanta actividad egoísta y soberbia!

"He venido," dice Jesús, "para proclamar un año de gracia del Señor."

Necesito ese tiempo de gracia. Necesito que resuciten partes de mi ser que yacen todavía muertas!

Lo recomendamos:

Confesión de un alma idólatra

María Felicia Volio



"Confieso, Señor, ser pueblo idólatra"

A través de una vida de religiosidad, María Felicia Volio, dama costarricense de distinguida ascendencia, buscaba conocer a Jesucristo y su poder y su gracia. Pero descubrió, tras largas penas, que mientras buscaba a Cristo, estaba realmente adorando fantasías, producto de su propia imaginación. En lugar de conocer la realidad, prefería enamorarse de sus propios sueños y de las criaturas proyectadas de sus propios deseos y gustos. Pero Dios fue paciente con ella y poco a poco la condujo a la verdad. ¡He aquí un libro en el que muchos verán reflejada su propia vida!

PÍDALO EN SU LIBRERÍA MÁS CERCANA

SEPTIEMBRE/OCTUBRE 1983

cartas

Desde Camiri, Santa Cruz,
Bolivia

Hermanos en Cristo, Mis saludos cordiales.

Por la presente quiero solicitarles que me envíen nuevamente la revista "VINO NUEVO", pues con este material me ayudo mucho en mi ministerio, es tan precioso que gran parte de él lo estudio con la iglesia. No estoy enviando dinero, pero continuaré a orar por vuestro ministerio que el Señor os dé lo necesario.

En espera de vuestra comprensión y respuesta me despido con un abrazo fraterno, vuestro en Cristo

Ovidio Achipa G.

Desde Bogotá, Colombia

Me es grato saludarles y al mismo tiempo desearles que Dios siga derramando bendiciones sobre cada uno de los que colaboran en la elaboración de la excelente publicación de "VINO NUEVO".

Agradezco inmensamente que me sigan enviando "VINO NUEVO", ya que por este medio Dios ha hablado a mi vida y me ha enseñado verdades para mi crecimiento espiritual y para compartir con los que me rodean. Muchas gracias.

Octavio Molina C.

Estimado señor Director:

Cuando menos pensaba en recibir preciosos ejemplares de VINO NUEVO, llego a mis manos esta

mañana tres revistas el correspondiente a los bimestres setiembre-octubre, noviembre-diciembre del año próximo pasado y del primer bimestre del presente año. Le agradezco mucho por la correspondencia, pues la calidad de la revista es excelente y mucho mejor todavía el contenido de los artículos cristianos que son de tremenda bendición para los creyentes y las iglesias evangélicas de habla castellana.

Reciba una vez más gracias por el envío de las revistas. Ha sido mi privilegio haberla recibido hasta ahora. Una revista de calidad como es VINO NUEVO y también haberla compartido con pastores de diferentes denominaciones en esta ciudad.

En esta ciudad de Huanuco (Perú) hay más de veinte congregaciones con cuyos pastores comparto los preciosos estudios de la revista. Todos ellos me manifiestan haber recibido muchas bendiciones a través de esta excelente revista.

A fines del mes pediré mi suscripción, pues hasta aquí no he tenido la oportunidad de colaborar con mi aportación económica respectiva.

En espera de recibir los números siguientes de la revista, me suscribo, su hermano en el Señor y seguro servidor.

Fortunato Poma O.

Desde El Quiché, Guatemala

Apreciables Hermanos en la Fe:

Les manifiesto que desde hace algún tiempo he estado leyendo la hermosa revista "VINO NUEVO" que ustedes distribuyen. Ha sido en ocasiones esporádicas, ya que la persona que me las ha facilitado, vive en un pueblecito leja-

no a este y cuando voy de paseo a ese lugar o por cualquier otra circunstancia, es que aprovecho para enterarme de los valiosos artículos que Uds. escriben en dicha revista, los cuales han sido de mucho provecho para mí, ya que han llenado mi mente de nuevos conocimientos con relación al Señor, y mi corazón también se ha llenado de gozo al enterarme de cada uno de estos mensajes impresos. Mi vida ha tenido nueva luz con respecto a los negocios de nuestro Bendito Salvador.

Doy gracias a Dios por ese ministerio tan especial que ha puesto en ustedes. En tal virtud y por lo antes expuesto por medio de ésta, les estoy suplicando me envíen su revista regularmente y así aprender más del Señor.

Carlos Sáenz

Desde Trujillo, Perú

Muy apreciados:

Siempre estamos acá en familia contentos de recibir su revista. En muchos mensajes hemos encontrado inspiración espiritual, como nuevas ideas de las antiguas verdades.

El enfoque que encontramos es bastante edificante. En muchos mensajes nos ha sido revelado el mundo en forma tan clara que nos aleja más de él, y nos acerca más a los preceptos bíblicos. Felicitaciones a cada uno de los escritores, y a ustedes los editores. La revista siempre llega en buen estado, y muy puntualmente, por la bendición que ha sido para todos nosotros les suplicamos mantener nuestro nombre en la lista de suscriptores y continuar mandándonos su revista. Muchísimas gracias.

J. Tresierra